La Ilustracion

MADRID: Mes 6 rs. Tres 16. Seis 30. Año 50.
PROVINCIAS: 8 20 40 60.
ULTRAMAR Y ESTRANJERO: Año 5 pesos.—Pagando en Madrid.
Número suelto sencillo 4 rs.—Doble 8.—Los siete tomos 350 rs.

NUM. 434.—TOMO IX.—LUNES 22 DE JUNIO DE 1857.
MADRID: Redaccion y administracion, Barco, 2.
PROVINCIAS: Se suscribe remitiendo libranzas ó sellos: si se hace por medio de comisionados, suben los precios de la combinacion con *Las Novedades*, con arreglo á la tarifa que se publica á fin de mes.

Ilustracion y *Novedades* en Madrid.	Edicion grande.	Mes 12.	Tres 34.	Seis 66.	Año 130.
	Edicion pequeña.	8.	22.	42.	80.
Idem en provincias.	Edicion grande.	20.	50.	95.	180.
	Edicion pequeña.	12.	30.	56.	110.

REVISTA UNIVERSAL.

TRIBUNALES. En Glewitz se ha visto la causa formada al asesino de la princesa Sulkowska, cuyo atentado se cometió en 1848. Suspendidos los autos en el año pasado para cerciorarse de la identidad del acusado, se han continuado ahora, declarándole culpable y en su consecuencia sentenciado á la última pena por medio de la rueda. El asesino, que se consideraba bien defendido, merced á un escrito de Lóndres que le dirigia un tal Hozielski declarándose él mismo culpable, se encontró sorprendido con el fallo del tribunal hasta el punto que podemos considerar en un individuo que habia formado cálculos de libertad.

COMERCIO. Inglaterra tiene su vista fija en el cultivo del algodon en Argel, desde que las muestras recibidas de dicho punto dan el convencimiento de no ser inferior este producto al mejor del Brasil ó de Sea Island, habiendo pagado la libra de 11 á 13 peniques. Los capitales y los cultivadores ingleses van á dedicarse á labrar con tan útil planta los terrenos estensos que ofrece el gobierno francés.

INDUSTRIA Y DESCUBRIMIENTOS. —La esposicion industrial en Kaschau abrióse solemnemente el dia 21 de junio con asistencia de las autoridades civiles y militares.

—El fotógrafo Tomás Patzal, en Trieste, ha descubierto un aparato dióptrico mas pequeño que los conocidos de Francia é Inglaterra, cuya forma es la de un paralelepípedo. Tiene en la superficie esterna dos oculares, combinados con seis lentes, de manera que la estampa que se introduce, la presenta por medio de un tornillo sin fin al focus: el efecto es encantador. Un país se estiende sin límites y sin los colores del íris, desapareciendo todo lo que puede recordar que es una obra del hombre. Este paso decisivo realiza un deseo que se sentia hace ya mucho tiempo: su inventor ha tomado la patente austriaca y ha hecho dos esposiciones de su sistema que se adopta á un panorama natural. Los periódicos de Viena y Trieste han pintado el entusiasmo que con ellas ha producido en el público.

—En Praga ha hecho el profesor Rochleder el esperimento de reducir la madera á sustancia incombustible; puede sí carbonizarse, pero no propagar el fuego con la llama. Los ingredientes del líquido con que humedece la madera, no los ha dado á conocer todavía, pero los ensayos han tenido efecto ante un público competente.

—En una sesion de la sociedad de ciencias naturales de Berlin, aclaró brevemente con un ensayo el conde Schafgotsch su procedimiento acústico para encender ó producir fuego mediante el sonido de un tono dado. Por las vibraciones de aire que se promueven en el interior de un tubo de cristal, se deja caer una pequeña cantidad de agua contra una esponja de platina que se enciende instantáneamente, como sucede con los eslabones comunes de platina al abrir el muelle.

—Un prusiano ha descubierto un medidor de distancia, cualesquiera que sean, y en los ensayos hechos al blanco, se ha considerado de tanta importancia, que se ha dado cuenta de ellos al ministerio de la Guerra en Berlin.

—Los mecánicos Müller y Fuschs, en Viena, han espuesto al público su aparato de nueva invencion eléctro-magnético, que descubre en el acto á cualquiera ladron que se pone á contacto de él. La máquina establece una especie de telégrafo con las habitaciones ó dormitorios, en donde se pone en movimiento una campana, que delata al ladron sin que de ello se aperciba.

HOVEMEHER, pintor aleman fallecido en Leipsic el 10 de mayo.

—Un mecánico de Birmingham ha obtenido un privilegio de invencion por una caja de rapé, que suprime la necesidad de introducir en ella los dedos. Es sumamente sencilla; la caja presenta dos cavidades en una de las superficies, que haciéndolas girar hácia arriba, se llenan de tabaco y no hay mas que aplicarlas á las aberturas nasales.

AGRICULTURA Y ECONOMÍA RURAL. En Viena acaba de celebrarse el año 50 del aniversario de la sociedad agrícolo-económica imperial, que cuenta en su seno los principales propietarios y capacidades del Austria. Con este motivo ha habido una esposicion pública de agricultura, en la que se ha presentado el cuadro del cultivo y de la produccion austriaca, sorprendiendo la hermosura de los animales, la riqueza de los bosques, la diversidad de productos como testimonio de la buena labranza y los progresos en la maquinaria agrícola, con multitud de utensilios para el cultivo que allí se han creado. Habrá habido mas de 200,000 personas que hayan visitado la esposicion: el gobierno dió para este objeto 25,000 florines; el ayuntamiento 5,000 y el resto del coste, calculado en 120,000 florines, tendria que cubrirse con el producto de las entradas, y en caso de no bastar, con los fondos de la misma sociedad. Los premios mas considerables fueron distribuidos por el archiduque Francisco Carlo, padre del emperador.

CAMINOS DE HIERRO. La primera prueba sobre el camino construido desde Laibach á Trieste, se hizo dirigiendo la locomotora *Pirano* un consejero real, llamado Ghega, en seis horas y veinte minutos. Para el 27 del actual se abrirá al público definitivamente. Es una obra gigantesca y quizás una de las mas interesantes de Europa; los varios pasos difíciles son maravillas que llaman la atencion del viajero, y desde hoy los alemanes pueden decir que propiamente les pertenece el mar Adriático.

ASTRONOMÍA En la noche del 22 al 23 de junio descubrió el doctor Kliukerfuns, desde el observatorio de Gottingen en la constelacion Perseo, un cometa telescópico, cuyo movimiento se dirígia hácia Bootes. Este mismo era el que descubrió al dia siguiente en Paris, Mr. Dieu.

HISTORIA NATURAL. Los pelargonios ó geránios se dividen en dos clases; unos que son propios para crecer al aire libre y otros que no tienen mas cultivo que en macetas. A los últimos pertenecen los geránios ingleses del Cabo de Buena-Esperanza, otra clase es la llamada Scarlet, (P. inquinaus) de Santa Helena; y por último los africanos (P. zonale) con pequeñas flores. Los que se estiman tanto en las habitaciones de los labradores y de los pobres (P. radula roseum) no tienen vista alguna, pero sí un olor agradable y hermosas hojas. Despues de estas clases principales hay otras muchas, entre los que merecen consideracion los geránios in-

2009 Ministerio de Cultura

gleses de hojas grandes y redondas, con la multitud de variedades que ellos han introducido. Los de Odier son en magnitud, forma y colores todo lo que puede desearse.

El cultivo se diferencia segun las clases: las inglesas es preciso tenerlas en macetas y necesitan tierra como la fucsia, un poco estercolada y parecida á la de los céspedes. Los renuevos se cortan en junio y julio de madera no muy blanda, de las plantas mayores y de aquellas que se tiran: crecen lentamente aun al aire libre, y deben esponerse á él de tiempo en tiempo. Cuando llegan á tener algunas pulgadas de alto, se les quitan las puntas para que formen mas ramas: cuando están en flor se les evita la lluvia y si se quiere que florezcan todo el verano se cortan las ramas que la hayan perdido, y se renueva la tierra. Todos los geránios requieren sol, pero los hay que crecen á la sombra: en los jardines pueden plantarse los llamados *tom thumb*, flor del dia, atraccion, *lady Plymouth* (roseum), montaña de luz, bola de nieve, etc. Para tener planta para el año próximo, se cortan los tallos en julio y agosto, y los ejemplares antiguos en tiestos pueden tenerse todo el invierno en cuevas secas, sin regarlos.

BELLAS ARTES. La ciudad de Könisberg recibirá en breve la estátua de Manuel Kant, admirablemente fundida en Berlin.

—Un arquitecto aleman ha presentado el proyecto de un puente en New-York, cuya longitud será de 5,272 piés por 300 de ancho, apoyado en seis arcos y que se elevará 140 piés sobre el puente á que llega la marea. Los espacios interiores del puente servirán para guardar aprestos militares; mientras que el frente de la parte sud presentará obras de defensa.

Las pilastras se colocarán por un procedimiento nuevo poco dispendioso: en el puente habrá cañones, almacenes, baños, carnecerías, y comunicará con la aduana, la armería y con el gobernador de Island por un camino submarino.

—El compositor Offenbach de Colonia ha dado en Paris una ópera titulada *Les trois baisers du diable*, que ha sido muy bien recibida por la originalidad y frescura de sus melodias.

—Con motivo de la inauguracion del nuevo palacio del duque de Schwerin, se hizo una ópera nueva por el compositor Flotow, que ha gustado mucho.

—Los periódicos alemanes ensalzan el mérito de la señorita Liebkardt que canta en Viena actualmente, diciendo que para su apoteosis no necesita mas que cantar en un teatro de Paris.

—La Ristori no solo se ha hecho aplaudir en el repertorio italiano, sino tambien en el drama francés *Fedra* y ahora en Lóndres en la tragedia inglesa *Tazio de Milman*. Ha aparecido sublime, recorriendo en ella toda la escala de los afectos, y así lo dice el brillante éxito que obtuvo. El amor, el ódio, la ternura, los celos, la piedad, el terror, la venganza, el remordimiento, el entusiasmo, la desolacion, todos estos sentimientos, todas las distintas cuerdas del corazon, sabe tocarlas con igual instinto y génio. Algunas voces críticas han dicho que la Ristori, quizá muy propensa al género plástico, imprimia á los diferentes caractéres que representaba una cierta monotonía, y que sus ademanes ó acciones en la *Bianca* recordaban al espectador la de *Medea*. No negaremos que esto tiene un poco de fundamento; pero tambien es cierto que ninguna actriz del dia sabe hablar á los sentidos y escitar el entusiasmo de un público, como la Ristori. En la tragedia citada fué secundada por el resto de la compañía, mucho mejor que en otras representaciones: el Sr. Belotti Bon, actor sumamente esperto y que goza en Italia de alguna reputacion, desempeñó su parte con suficiente habilidad para consolidar su adquirida fama.

—Entre los pintores alemanes mas fecundos y prontos en hacer cuadros, se cita á Manuel Leutze que en 1841 vino del Norte-América con otros á quienes la fama de la escuela de Düsseldorf en Prusia los atraia á estudiar en ella, bajo la direccion del profesor Lessing. Como pintor de historia profana, fué declarado en breve el primero; era muy jóven aun, cuando se colocó en primera línea con su gran cuadro *Colon ante la reunion de sábios en Salamanca*, y como distincion que habia merecido de la Academia, hiciéronle en el mismo edificio su estudio, para asegurársele mas. Desde el año de 1850 es cuando ha alcanzado el período de su verdadero esplendor: nuestra historia, con su rico arsenal, le ha suministrado asuntos á millares para sus obras de mas mérito, entre las que citaremos: *la embajada de los judios ante el rey D. Fernando, rechazada por el inquisidor general Torquemada; el asalto dado al último templo por Hernan Cortés, en la conquista de Méjico.* Sus mejores cuadros los compone desde luego sobre el lienzo; el colorido y efecto de los que envió á la esposicion de Berlin, en el año de 1852, le valieron la gran medalla de oro.

CRÓNICA PERSONAL. El rey de Baviera ha dejado ya á Italia para volver á Berchtesgaden.

—El método que tienen los chinos de pagar á los médicos, parece á un diario francés mas lógico y sábio que el que se sigue en Europa. Nosotros pagamos al médico en nuestras dolencias, y de aquí sospechan los malignos que muchas veces prolongan las enfermedades para que la utilidad suya sea mayor. Los chinos, aunque bárbaros respecto á nosotros, saben en esta materia algo mas, pues pagan cuando están buenos, dejando de abonarles enteramente si caen enfermos: en dos palabras, nosotros pagamos por la enfermedad, mientras los chinos desembolsan los cuartos por la salud; ¿quién razona mejor?

—La familia real de Sajonia ha regresado tambien de su viaje á Italia y se ha detenido en Innspruch.

—Las bodas del archiduque Fernando Maximiliano con la princesa Carlota de Bélgica, tendrán lugar el dia 27 del actual en la capital de aquel reino.

—Conocida es de nuestros lectores la acusacion que algunos periódicos hicieron recaer sobre la Nautier-Didiée, cantante que ha oido el público de Madrid. Suponian que en una reyerta con su marido, habia tratado en Lóndres de asesinarle; pero esta noticia falsa ha sabido desmentirla por medio de una carta sumamente chistosa que dirige al periódico titulado *Rabelais*, y de cuyo mérito se puede juzgar por el párrafo siguiente: «Quisiera tomarlo á broma, dice, porque yo no me enemistaré por tan poco con los periódicos que hayan dado eco á tan injuriosos rumores; mas no sé cómo permanecer tranquila al leer uno que se divierte en hacerme embutir á mi marido con un puñal triangular, cuya herida se cierra al instante, y todo esto mezclado con humoradas cínicas sobre el matrimonio y los animales cornudos. Cualquiera me culpará de asesina, mientras que en realidad no he cometido mas delito que el de no establecer relaciones trimestrales con el administrador del periódico en cuestion. Todo esto me hace sentir el estar escriturada con el Sr. Calzado para la estacion próxima en el teatro Italiano; porque á pesar de desmentir la noticia por todos los medios que están á mi alcance, temo que á mi debut vea en mí una parte del público mas bien que á la artista, una mujer que ha intentado asesinar á su marido.»

TERAPÉUTICA. Como antídoto contra el envenenamiento por deglucion, se recomienda por el doctor Brewer el tratamiento siguiente: es preciso dar al enfermo una taza de agua tibia dulzorada con miel; ó bien en un medio cuartillo de agua tibia mezclar una cucharada de mostaza para constituir un emético simple y poderoso; ó verter en una fuente del servicio de mesa tres vasos grandes de agua hirviendo, á la que se añade una cantidad igual de aceite ó manteca, con la cual se bate hasta su completa disolucion. De cinco en cinco minutos se hará tomar al paciente de esta bebida, hasta que establecido el vómito se consiga la total espulsion del veneno. Si fuese tarde en determinarse el vómito, se puede apresurar introduciendo en la garganta los dedos, ó por medio de titilaciones que se promueven con las barbas de una pluma. Este medio mecánico de producir el vómito, no es admisible cuando el envenenamiento ha tenido lugar con corrosivos alcalis caústicos, ó ácidos que hayan escoriado la garganta. La manera de calmar la irritacion local que al tragar el veneno resulta en la persona que lo toma, es la de aplicar al vientre lienzos empapados en decociones emolientes, ó hacer que tome el enfermo un baño tibio, cuya agua se recalienta de tiempo en tiempo. Si estos calmantes no fuesen suficientes, convendria la aplicacion de diez ó doce sanguijuelas cerca de los puntos doloridos. Los ácidos minerales venenosos mas comunes son el muriático (chlorhydrico), el ácido nítrico (azóico), el ácido sulfúrico (vitriolo) el ácido piroleñoso (vinagre de madera), el sulfato de hierro (vitriolo verde ó caparrosa verde).

ARQUEOLOGIA. Los arqueólogos de Paris se preparan á salir para Alemania, invitados por el Sr. Méry á trasladarse á un bosque del Hesse electoral, con objeto de presenciar las escavaciones hechas en el sitio mismo en que perecieron Vario y las legiones que él mandaba. El Sr. Méry, á fuerza de estudiar y de profundizar las descripciones exactas de Tácito, ha llegado á descubrir la tumba levantada á la memoria de Vario y de las legiones romanas. A las primeras escavaciones, á los veinte piés de profundidad se encontraron medallas con la efigie de Germánico César (*Germanicus Cæsar*), lo que ha introducido confusion en los traductores de Tácito, que negando á Germánico el título de César, han puesto siempre Augusto ó Tiberio, donde encontraron la palabra *Cæsar*. Hoy prueba el Sr. Méry con sus medallas, esto es, con testimonios de hace diez y nueve siglos, que Germánico se llamó en su tiempo César y que todos los traductores han cometido, por consiguiente, errores enormes. Si este descubrimiento no significa nada, y es de ningun importancia para muchos lectores, los doctos y los arqueólogos lo consideran ciertamente como un acontecimiento. Esto producirá alguna reparacion por parte de los que estudiarán las obras de Tácito, y el Sr. Méry, instalado cerca de las escavaciones, se propone continuarlas con la cooperacion de algunos sábios hasta dar con todo el bagaje de las legiones de Varo.

MODAS. El esplendor de la *toilette* que se alimentó en las Tullerías con motivo de las continuas fiestas, bailes y soirées en honor de los ilustres huéspedes, ha entrado tambien con el calor en su correspondiente solsticio. Los almacenes colosales del Louvre ofrecen una coleccion de las mas ricas telas de verano, y Mad. Bernard, familiar á los secretos de la moda, despierta el interés de las señoras elegantes con la *robe á volants* y *robe á quilles*. Las chaquetas, llamadas *basques*, no se llevan con estos vestidos, sino un ajustador abotonado hasta el cuello, que termina en punta por la espalda y las caderas; cubre el cuello una berta redonda y guarnecen franjas que digan bien con el vestido. Las mangas son lisas, muy anchas y abiertas hasta el codo, pero con flecos y grandes *bonffants* de tul. Los vestidos de tafetan de color reclaman los volantes y las chaquetas: el cuerpo guarnecido de cordoncillo y la espalda con dos bandas adornadas de *grelott*, especie de cascabeles. Los colores mas estimados son el castaño, verde esmeralda y lila: la muselina de seda, llamada granadina, es una tela muy elástica que no se lava, pero que por mucho tiempo se mantiene fresca; es la que prefieren las señoras espedicionarias que han de pasear por bosques y sitios de maleza, porque así no tienen miedo de dejarla en los matorrales. Los sombreros se hacen de crespon blanco con ligeras flores, pero el sombrero redondo va abriéndose camino y se adorna con cintas de terciopelo negro, con una guarnicion de encaje alrededor y con una pluma ó capullos de rosas. La córte de Francia dará dos reuniones en los Pirineos, para las cuales Mad. Bernard prepara *toilettes* muy elegantes.

DESGRACIAS. Debemos á la civilizacion el cuidado de disminuir los peligros de la guerra, pero en cambio las víctimas que aquella produce en el campo de la industria son innumerables: nos sugiere estas líneas la catástrofe que ligeramente anunciamos en nuestra anterior revista, acaecida en Suiza en el camino de hierro central, seccion Basel-Olten; aquí se habia empezado la construccion de un túnel, obra gigantesca de la generacion actual, cuyo génio oscurece muchas de las admiradas creaciones de la antigüedad. Su estension es de 2,496 métros y los obstáculos materiales de la obra parecian invencibles. Sin embargo, se habian abierto como 854 piés del túnel y además se habian practicado tres cavidades para dar aire que desde lo alto de la montaña bajaban hasta la línea que recorre el túnel. El 28 de mayo se declaró en él un fuego horroroso; los muchos quintales de carbon de piedra que habia para las fraguas y una cantidad considerable de madera, ardieron instantáneamente: escombros á montones caian de las aberturas, produciendo la muerte de muchos trabajadores mientras otros sucumbian al respirar el gas óxido carbónico. Algunos huian por donde no tenian salida, y en aquel espacio se encontraron con un caballo de los que conducian materiales, lo mataron y comieron de su carne, hasta que hizo en ellos presa la muerte. La imaginacion se horroriza al considerar el sufrimiento de aquellos infelices que con todo el conocimiento de su posicion esperaban que viniesen á salvarlos, y caian luego en la desesperacion de la muerte. Las víctimas han llegado á 63, y con este motivo se piensa en socorrer á las viudas é hijos de estos desgraciados.

NECROLOGIAS. Louis Jacques, baron Thenard, químico francés, profesor de varios colegios, de la Universidad, sócio académico, par de Francia, célebre por su obra que publicó en union de Gay Lussac, titulada *Ensayos físico-químicos*, ha muerto en Paris el dia 22 de junio.

J. GARCIA.

TESTAMENTO DEL MUNDO.

Yo el decano de los viejos
sabiendo que he de acabarme
por antojo de unos cuantos
filósofos alemanes.
Yo el mundo; testo, y publico
mis postreras voluntades,
la *síntesis* de deseos
que cumpla quien me reemplace.
Dejo mi cuerpo á los diablos,
que cual pelota lo traten,
y el alma, que es el dinero,
para premio de farsantes.
Dejo á un bolero mis *polos*,
y á un tabernero los mares,
y del corazon las telas
para forros á los sastres.
Item al sol y á la luna
los fósforos y los gases,
para que en dias de gala
los gasten como auxiliares.
A la víspera de reyes
todos los *estrechos* pasen,
y mis *cabos* al ejército
y á los artistas los artes.
Vayan en busca de un rio
los puentes del Manzanares,
y repártanse las minas
tres libras de minerales.
Las conuniones políticas
al arco íris se enlacen,
que no es cual elas de rico
en matices y *cambiantes*.
A vosotros, oradores,
os envio mis volcanes,
fuego tambien mientras hablan,
pedruscos al enfriarse.
Con ellos van dos arrobas
de lengua, gritos y frases,
corona y forro de gloria
de todos los charlatanes.
Por ver si los labradores
dejan al fin de quejarse,
les lego el ámplio dominio
de agua, viento y tempestades.
Globos ¡dichosos vosotros!
porque así que yo me acabe,
de infladuras y de humo
tendreis racion abundante.
Quedarán para llenaros
todas las cosas de aire;
verbi gracia: los filósofos
y los génios especiales.
Hombres, mujeres y pollos
muertos, en tierra se planten
sirvan de abono siquiera
á lechugas y tomates.
He aquí, pues, mi testamento
que firmo en tal y cual parte
hasta que de mí un cometa
venga á hacer dos miriñaques.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

CARTAS DE UN VIAJE A ORIENTE.

3.ª

SEÑOR DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Jerusalem 7 de junio de 1857.

«Mi apreciable amigo: Dije á Vd. en mi última (si malno recuerdo, porque aquí de correo á correo hay tiempo para olvidar la anterior), que Italia es la region mas venturosa de Europa, ya por la dulzura de su clima, ya por la feracidad de su suelo; que la cruzan rios, que la bañan mares, y que en sus cortos inviernos la defienden del rigor de los nortes los gigantescos Alpes, á cuya falda se recuestan sus ciudades, arrulladas por frescas brisas en la ardiente canícula: lo que hace en las mas una primavera perpétua.

Pues sus rios, sus lagos, sus amenas campiñas, sus pintorescos paisajes, su hermoso cielo... todo ese admirable y delicioso conjunto es la *belleza real*, que ha hecho á sus naturales eminentes artistas. Porque la continua contemplacion de esa naturaleza siempre riente los ha familiarizado con *lo bello*, y lo han sentido con fuerza y en sus obras espresado con propiedad, con esquisito *gusto*, pasando á *lo sublime* cuando han tomado tipos grandiosos, imponentes, como sus Alpes cubiertos de seculares hielos y su Vesubio vomitando fuego y lava abrasadora; y sino como la historia de sus antepasados, llena de colosales figuras, y su religion, la del Crucificado, poblada de santos y de mártires.

He aquí por qué toda Italia es un museo.

España tiene muchos puntos de semejanza con esa tierra privilegiada; y así es que influyendo sobre nosotros casi iguales motivos, nuestros poetas y nuestros pintores (que como dice Horacio *Ut pintura poesis erit*, unos y otros se parecen, puesto que la poesía es una pintura que habla ó un lenguaje que pinta) han rivalizado, y tal vez sobrepujado á los suyos.

Hubo dos grandes siglos, el XVI y el XVII, para ambas naciones, empero este último fué mas brillante, mas glorioso para los españoles. En efecto, bastan los nombres de Velazquez, Juan de Juanes, Murillo, Zurbarán, Cano, y de otros que la fama ha inmortalizado entre mil de nuestros pintores...

¿Pero á donde voy á parar? Me olvidé, amigo mio, de mi

2009 Ministerio de Cultura

itinerario, que es lo único de que debo y puedo dar á Vd. cuenta.—Creo que me despedí de Vd. en mi carta citada camino de la ciudad eterna.

La antigua Roma heredó con la civilizacion de la Grecia su preponderancia en las nobles artes. En la edad media tuvo su segunda era de oro, tan fecunda en magníficas creaciones, que hoy en que está casi agotado el número de sus artistas, le basta con su pasado para admirar en el presente y vivir con laureles de glória imperecedera en el porvenir.

Son innumerables los libros que han hecho la historia monumental y artística de Roma, piedra por piedra, cuadro por cuadro; y tanto por esto, como porque seria presuncion, inisculpable en mí, pretender adelantar algo en noticias y apreciaciones, no digo á Vd. nada de los tesoros que encierra la metrópoli del orbe cristiano.

En ella permanecimos un mes, verdaderamente encantados.

El número de viajeros, principalmente ingleses, es grandísimo. No hay rincon en toda Italia, por pequeño y oscuro que sea, en que no se encuentre á cada instante la estirada figura de un ingles con su frac, con su corbata blanca, y con su inseparable *Guia del via ero* debajo del brazo. En las galerías del Vaticano, que son inmensas, no se podia dar un paso: todos los salones estaban obstruidos por ingleses.

Hicimos una pequeña escursion para ver el *Túsculum* y la escuela de Ciceron.—Situada sobre una montaña á cinco leguas al S. E. de Roma, se va atravesando en ferro-carril por pintorescas villas; pero de ella y de su gran casa de campo quedan solo unos ruinosos muros de piedra y un pedazo de terreno de forma oval, rodeado de gradas cubiertas de tierra por la parte superior. En la cima de la montaña hay un convento de PP. Camaldulenses, órden de San Benito, y á su pie se ve estenderse el bello panorama que presentan las villas de las inmediaciones, el pueblo de Frascati y los campos romanos. Allí existió Túsculum; y la belleza de su situacion hizo que los caballeros de la antigua Roma fundasen en sus alrededores soberbias casas: una de ellas fué la de Ciceron. Hoy la subida á esas ruinas no puede verificarse sin peligro de bandidos, que frecuentemente asaltan en aquel sitio á los viajeros.

Pio IX nos concedió audiencia, y nos recibió en una de las habitaciones mas modestas del Vaticano, que es la residencia de la silla pontificia. Su Santidad, vestido de blanco, ocupaba un sillon bajo dosel en estremo sencillo: delante tenia una mesa con varios papeles y sobre ellos una pequeña caja de marfil, de la que sacaba muy á menudo rapé, que tomaba á puñados: á su izquierda habia sobre otra mesa un Crucifijo de bronce, y en medio del muro un pequeño cuadro del estilo de Alberto Durero. La edad que representa Su Santidad es de cuarenta y cinco á cincuenta años; bien temprana si se atiende á la en que casi todos sus antecesores han obtenido el pontificado. Su semblante es apacible; sus ojos grandes denotan penetracion é inteligencia; sus maneras son dulces, y sus palabras están llenas de uncion y de consuelo. Al entrar le besamos la mano, y empezó hablarnos en español, idioma que conoce como el suyo propio. Cerca de una hora permanecimos en verdad admirando el talento y tacto con que tocó varias cuestiones de actualidad. Y despues de haberse dirigido á cada uno de nosotros, ya en latin, ya en frances, ya en italiano y las mas veces en español, nos alargó la mano que volvimos á besar, y nos echó su bendicion.

Salimos para Civita-Vechia, y allí nos embarcamos en el vapor *Helesponto*, que nos condujo á Nápoles.

Nápoles es el puerto de cuantos yo conozco que presenta, visto desde su *Golfo*, un panorama mas bello. Se entra en él dejando á derecha é izquierda la caprichosa y pintoresca isla de Capri y la gruta de Azur. La ciudad se muestra tendida en una gran estension á lo largo de la costa, en forma de anfiteatro, con sus blancos y pintados caseríos, que besa el mar. De un lado graciosas y pequeñas islas tapizadas de verdura con deliciosas casas de recreo cubriendo su cima, y el mar que reverbera el azul purísimo de su cielo y los brillantes rayos de su sol: de otro lado Ischia, Nísida y Prócida, como lejanas gaviotas, meciéndose en las ondas; y la parte de su Golfo que mira al E. embellecido con las encantadoras villas de Pórtici, Torre del Greco y la Anunziata; viniendo á completarse tan delicioso cuadro con el Vesubio, que se eleva á poca distancia arrojando al cielo las rojas columnas de humo y fuego que brotan de su cráter.

Nápoles fué fundada por los griegos bajo el nombre de la sirena Parténope, que era de las tres la que atraia y encantaba con la dulzura de su voz. Y no parece sino que este orígen fué alegórico para espresar que bajo aquella hermosa bóveda celeste y á la vista de una ribera tan risueña, el poeta se siente inspirado y canta. Así este fué el lugar que Virgilio eligió para concluir sus *Georgias* y empezar su *Eneida*.

La ciudad es grande, rica y una de las mas célebres capitales de Europa: tiene de circuito con sus bellos arrabales mas de 7 leguas españolas: la rodean murallas con torres, pero sus 16 puertas están casi siempre abiertas á motivo del gran número de viajeros que entran y salen de continuo.

La dominacion española dejó huellas en Nápoles que se notan aun en las costumbres del pueblo y en los monumentos de aquel tiempo. Hasta los nombres de algunas calles son españoles, como la de Toledo, que es de las principales: su museo, uno de los mas ricos del mundo por sus antigüedades estraidas de Pompeya y Herculanum, se llama el Palacio borbónico.

La poblacion es de 400,000 almas; su animacion es grandísima. Un número prodigioso de calesas, bombes y coches recorre continuamente con increible rapidez las calles de Toledo y de la Chiaja; y por las del Porto y del Mercado (teatro de las hazañas de Massaniello) se ven vagar los harapos*os lazzaronis*, epiteto que recibieron de los españoles con alusion á Lázaro el mendigo; y de ahí proviene el orígen de este nombre conocido en toda Europa para señalar ese tipo especial.

Los lazzaronis formaban antes la mitad de la poblacion. Vagabundos sin pan ni hogar, andaban casi desnudos por las calles. Era una especie de hombre salvaje en medio de una ciudad civilizada. No pensaba jamas en trabajar para ganarse la subsistencia. Pasar el dia fumando tendido en el puerto, y la noche durmiendo sobre la primera piedra que encontraba, era su género de vida: no se hallaba inscrito en los registros de la poblacion. Hoy solo un cierto número conserva las costumbres primitivas, pues la mayor parte de ellos trabaja en el puerto.

Al anochecer, la calle del Mercado presenta un espectáculo curioso. Una porcion de tenduchos y bodegenes, con dos ó tres velas de sebo encendidas á las puertas, forman una grotesca iluminacion. Por todas partes se ven las caras de entrecejo, tiznadas y truanescas, de los lazzaronis, que van con unos largos palos enarbolados á comer el ponderado *macarroni*, el cual se está friyendo en grandes calderas en medio de la calle, lo que forma una atmósfera densa y pestilente.

Salimos á ver el Vesubio, que entonces se hallaba en erupcion. Hasta solo la falda del monte pudimos ir en carruaje, y allí tomamos caballos para subir á la ermita de *San Salvatore*.

Desde este punto la montaña estaba con mas de dos palmos de nieve, lo que unido á su gran pendiente, hacia muy difícil la subida.

Allí encontramos á unos veinte aldeanos fuertes y robustos, cuyo único oficio es ayudar á los viajeros. Los modos con que lo hacen son dos: el uno es, con un palo atravesado entre dos cuerdas que llevan en los hombros, el viajero se agarra del palo, y ellos tiran al propio tiempo que otros van por detras empujándole; y el otro, sentando al viajero en una especie de silla de manos que se cargan cuatro hombres sobre los hombros.

La ascension es penosísima, y no se comprende cómo pueden subir cargados aquellos hombres por una pendiente tan larga y resbaladiza. Se tarda en llegar á lo alto una hora, y hay que pararse repetidas veces para tomar aliento. Cuando se sube, aquellas pobres gentes van gritando, los unos á los otros para animarse, *animo per la buiglia, animo que il signore dará dopo la buona mano, á la buona mano.*

Cuando llegamos á la cumbre nos sentimos sofocados por las oleadas de humo de azúfre y de amoniaco que arroja constantemente el gran cráter.

Despues que nuestra vista se acostumbró á percibir los objetos á traves de aquella atmósfera tan densa, abarcamos en toda la estension de la cresta de la montaña la triste perspectiva de una naturaleza muerta. Capas espesas de lava de diferentes colores (segun la época de la erupcion á que pertenecen) cubrian la superficie.

Nosotros descendimos para ver un pequeño volcan que habia aparecido y que estaba entonces *trabajando*, como dicen los naturales.

Situado en una gran hondonada del monte, formaban una especie de pirámide alrededor los carbones que despedia su cráter. Un ruido fuerte y prolongado, semejante al trueno, se estendia por las concavidades de la tierra bajo nuestros pies. La superficie presentaba el aspecto que toma el metal en la caldera despues de fundido, y por todas partes estaba el suelo lleno de grietas, que exhalaban un humo y un calor sofocantes.

Se pusieron huevos crudos sobre la tierra, y á poco tiempo resultaron cocidos.

Llegamos al nuevo cráter, el cual vomitaba oleadas de fuego y humo. Nuestros hombres se abalanzaron á coger algunos carbones de los que caian, y en ellos metieron monedas y nos las presentaron fundidas.

Volvimos al gran cráter, y nos asomamos á su boca por no estar trabajando. Es una cosa verdaderamente imponente. La vista se pierde por la pendiente de un abismo, á cuyos bordes se ve, cuando hay menos humo, una tierra amarillenta y rojiza y en el fondo se percibe, entre un inmenso mar de humo, un ruido espantoso que se dilataba estremeciendo la montaña.

Es por demas decir que tambien habia allí ingleses.

Al retirarnos fuimos á coger los abrigos que habíamos dejado sobre la tierra, pero nadie pudo conocer al pronto el suyo: todos habian cambiado de color con los vapores del azúfre. El mio que era plomizo, le encontré encarnado.

Despues del Vesubio visitamos á Pompeya y á Herculanum, que son quizá las dos curiosidades mayores del mundo; y como la historia del cataclismo de fuego que hizo desaparecer estas dos ciudades es la del Vesubio, tomé cuidadosamente notas de esos lugares y noticias de esos acontecimientos, y hélas aquí reunidas.

El monte Vesubio, situado en la cercanía del mar, á cuatro leguas al S. E. de Nápoles, era una montaña agradable, cubierta de viñas, de olivas y de toda clase de árboles, si bien en su cumbre habia una planicie estéril que parecia de cenizas, y quizá por eso ó por antiguas tradiciones de alguna otra erupcion se llamaba aquel canton *Phlegræus campus*, territorio reducido á cenizas.

El año 79 de la era cristiana, esto es, el primero del reinado de Tito, en una tarde del mes de agosto se divisó sobre esta montaña, el Vesubio, una gran nube que elevándose á mucha altura se dividió en varios trozos, arrojando piedras de un grandor prodigioso. Las cenizas llegaron hasta Roma aun en cantidad bastante para oscurecer el dia, y en las inmediaciones del volcan cayeron en lluvia tan espesa, que Plinio el jóven, que estaba á la sazon á mas de cinco leguas de distancia, cuenta que para no perecer tuvo que sacudirse frecuentemente las que le caian encima.

Esas cenizas y torrentes de materias fundidas formaron una masa que cayendo á torrentes sobre Pompeya y Herculanum, llenaron sus calles y sus casas, é hicieron desaparecer estas ciudades de la faz de la tierra. Herculanum distaba tres leguas N. O. del Vesubio, y Pompeya dos al S. del mismo y cuatro S. E. de Herculanum. Ya seis años antes de la erupcion, reinando Neron, un terremoto habia destruido gran parte de Pompeya y quebrantado á Herculanum.

Perdida estaba la memoria de donde estuvieran esas ciudades; y el primer descubrimiento casual que se hizo fué en el año de 1689. Un arquitecto de Nápoles, cavando en un terreno entre la mar y el Vesubio, encontró á 6 pies de profundidad carbon, puertas, herramientas y dos inscripciones latinas que hacian mencion de Pompeya. Se conjeturó entonces que este habia sido el asiento de dicha ciudad; pero nada mas se adelantó hasta que á principios del siglo último algunos vecinos de Retina, abriendo un pozo en el sitio de Herculanum, hallaron muchos pedazos de mármol amarillo antiguo y otros de diferentes colores; un teatro de arquitectura griega, y en seguida gran parte de la ciudad. Se sacaron de ella bajos-relieves, medallas, vasos, botellas de vidrio, cuadros, lámparas en virtud de las bien entendidas escavaciones que se hicieron de órden de nuestro rey Cárlos III, que lo era tambien de Nápoles; y por su mandato se publicó entonces una coleccion que á toda costa se formó de estos descubrimientos. ¡Loor eterno á la memoria del ilustrado Cárlos III!

Ya está descubierta la mitad de Pompeya, y nosotros pudimos ver al cabo de diez y ocho siglos en que fué enterrada, la ciudad por completo.

Las calles conservan el carril de los carruajes; las casas sus muebles y efectos de todas clases; y las tiendas, los jarros, ánforas y los comestibles puestos á vender. Los grandes edificios y los templos estaban decorados con magníficos frescos y mosáicos, pero en su mayor parte han sido trasportados al museo Borbónico poniendo copias en el sitio que ocupaban.

En Herculanum recorrimos las desiertas galerías del Forum y del Teatro, que es tan grande como los primeros de Europa: en la villa de Arístides nos enseñaron la rica coleccion de estátuas que se ha descubierto, y en su biblioteca papiros, algunos quemados y otros que por un nuevo método han logrado desarrollar y leer.

El rey de Nápoles tiene un hermoso palacio de recreo, Pórtici, á legua y media de la capital, en un sitio delicioso á la inmediacion del mar cerca del Vesubio, y lo ha adornado con un gran número de primorosas estátuas y con otras bellas obras y reliquias de la antigüedad, sacadas de las ruinas de Heráclea, que estan á corta distancia.

Se ve inmediato á este palacio otro que fabricó sobre una roca el príncipe de Elbœuf, quien no perdonó gasto alguno para hacer á este sitio, agradable por naturaleza, uno de los mas regalados y hermosos del mundo. Este príncipe fué el primero que descubrió esta antigua ciudad, de donde se han sacado y aun sacan preciosos monumentos. El rey de Nápoles posee este palacio por cesion que hizo á su casa el príncipe.

El 6 de febrero (veinte dias despues de mi llegada á Nápoles) me embarqué en el vapor *Oronte* con direccion á la Palestina.

No puedo espresar á Vd. el secreto placer que sintió mi alma en el momento de poner el pie en aquella casa flotante que iba á conducirme á Oriente.

Era la realizacion del sueño de un moribundo.

Aquella vida de agitacion y de variadas sensaciones habia poco á poco curado el cuerpo y vivificado el espíritu del que cuatro meses antes dejó su patria como huyendo de la muerte. Mis compañeros de viaje (á cuyos solicitos cuidados debia tanto) me decian que habia vuelto á nacer.

En efecto, cuando me vi dentro del vapor entre tanta variedad de personas, cuyos trages é idiomas eran diferentes á cuantos habia visto y oido hasta entonces, lo pasado me pareció un sueño: mi vida era nueva.

La tripulacion se componia de griegos, de árabes, de turcos y de algunos europeos.

A las dos levaron ancla, y media hora despues empezamos á perder de vista la risueña perspectiva de Nápoles. A nuestra salida, el mar estaba tranquilo y el cielo despejado: por la tarde, el cielo y mar cambiaron: las oleadas entraban en el vapor barriendo la cubierta, y un fuerte viento contrario entorpecia las maniobras...

Por la mañana del dia siguiente divisamos á la parte del Mediodía una gran montaña, de cuya aguda cresta salian columnas de fuego. Era el volcan de Strámboli, llamado por los navegantes el Faro del Mediterráneo. A las diez y media pasamos el estrecho de Mesina, y á las once teniamos á nuestra espalda las costas de la Calabria, y delante el puerto de Mesina.

La vista de Mesina desde el vapor me pareció bellísima. Tiene alguna semejanza con la del Puerto de Santa María.

Tomamos una barca, y despues de haber llenado las muchas formalidades que se requieren para obtener la licencia de desembarcar y ver la ciudad, entramos en ella. Sus calles son espaciosas y allí se nota el movimiento que imprime el comercio en un pueblo. En sus iglesias admiramos riquísimas columnas de ágata y una infinidad de arabescos de jaspe, mármol y venturina.

Por la tarde volvimos al vapor con lluvia y mal tiempo, y al dia siguiente estábamos fondeados en Malta.

Malta, que recuerda las gloriosas, portentosas hazañas por mar y tierra de un puñado de hombres cuya enseña era la Cruz del Redentor y bajo la que sostuvieron la religion contra el islamismo entero, no sin mengua á veces de las naciones cristianas que, grandemente servidas por ellos, en los momentos supremos los abandonaban; Malta, ante cuyo baluarte de la cristiandad se estrellaron las formidables escuadras turcas, y sucumbieron los ejércitos de Soliman al filo de las espadas de aquellos héroes. Prez y gloria inmortal proclamará Malta hasta la consumacion de los siglos para los caballeros de la ínclita órden de San Juan de Jerusalem.

Situada en medio del Mediterráneo, Malta es una inmensa roca, en cuyos enormes sillares se ha tallado una ciudad. En ella se entra por un castillo de puente levadizo de dobles y ferradas puertas con sus macizos arcos que cubren una escalinata, la cual conduce á lo interior de la plaza. Sus casas son de piedra con balcones de madera volados, como los miradores de Granada. Las calles, á causa de la desigualdad del terreno, son muy pendientes y algunas están en forma de escaleras. Hay variedad de tiendas y se nota actividad, pero el comercio no prospera y se sostiene apenas merced á la Inglaterra, cuya es Malta. Las mujeres van vestidas de negro con un manto de tafetan que las cubre desde la cabeza hasta medio cuerpo, y que manejan con soltura y donaire. En Malta se ven grandes palacios de diversa arquitectura, que atestiguan las diferentes dominaciones porque ha pasado.

Al entrar en el magnífico templo de la Orden, do reposan las venerables cenizas de tantos mártires, un santo recogimiento se apoderó de mi alma, y no ví mas que sombras majestuosas de héroes, entre las que descollaba la figura colosal del dios de la guerra; del gran maestre Juan Pavisot de la Valette.

Al despedirme de la Europa en esa isla lejana y estéril, último rincon del Occidente, yo he leido entusiasmado sobre aquellas tumbas muchos nombres españoles; y me he embarcado despues para Oriente con el grato recuerdo de mi patria unido al de su pasada gloria.

Salgo, amigo mio, en este momento para Constantinopla, y no sé aun qué direccion tomaremos despues; y lo dice á Vd. para que no estrañe que interrumpa tal vez su apreciable correspondencia su afectísimo

JAVIER MARQUEZ Y BURGOS.»

2009 Ministerio de Cultura

EL CASTILLO DE HILTON.

PROCESO CRIMINAL.

(Conclusion.)

Tal era Bowes en su esterior. Vamos ahora á verlo muy distinto en el seno de su familia. Sombrío y terrible, era uno de esos hombres en cuya presencia, como dijo un poeta, los niños cesan en sus juegos y enmudecen. Poseia el arte de la iniquidad como si fuese educado en la escuela de Satanás.

La condesa, cuya increible generosidad merecia otro premio, era entre sus manos el pobre pájaro que un juego cruel, un capricho diabólico, reprimen en su gozoso vuelo. No seria fácil esplicar toda la amargura vertida gota á gota sobre esta existencia por gusto envilecida. Bowes, desde luego, observaba como marido la conducta mas escandalosa, no cuidándose en sus culpables relaciones de buscar á su esposa rivales dignas de ella. Su disolucion era aventurera y baja: sus criadas y las hijas de sus colonos eran por lo comun sus víctimas; con frecuencia compraba á costa de muchos gastos los favores de alguna ramera afamada, importándole muy poco que sus infidelidades llegasen á noticia de su esposa. Habíase puesto en guardia contra el uso que ella pudiese hacer de todo esto, y por medio de un artificio satánico habia creido reducirla al silencio. Aquí brilla en todo su horror la odiosa hipocresía de este hombre.

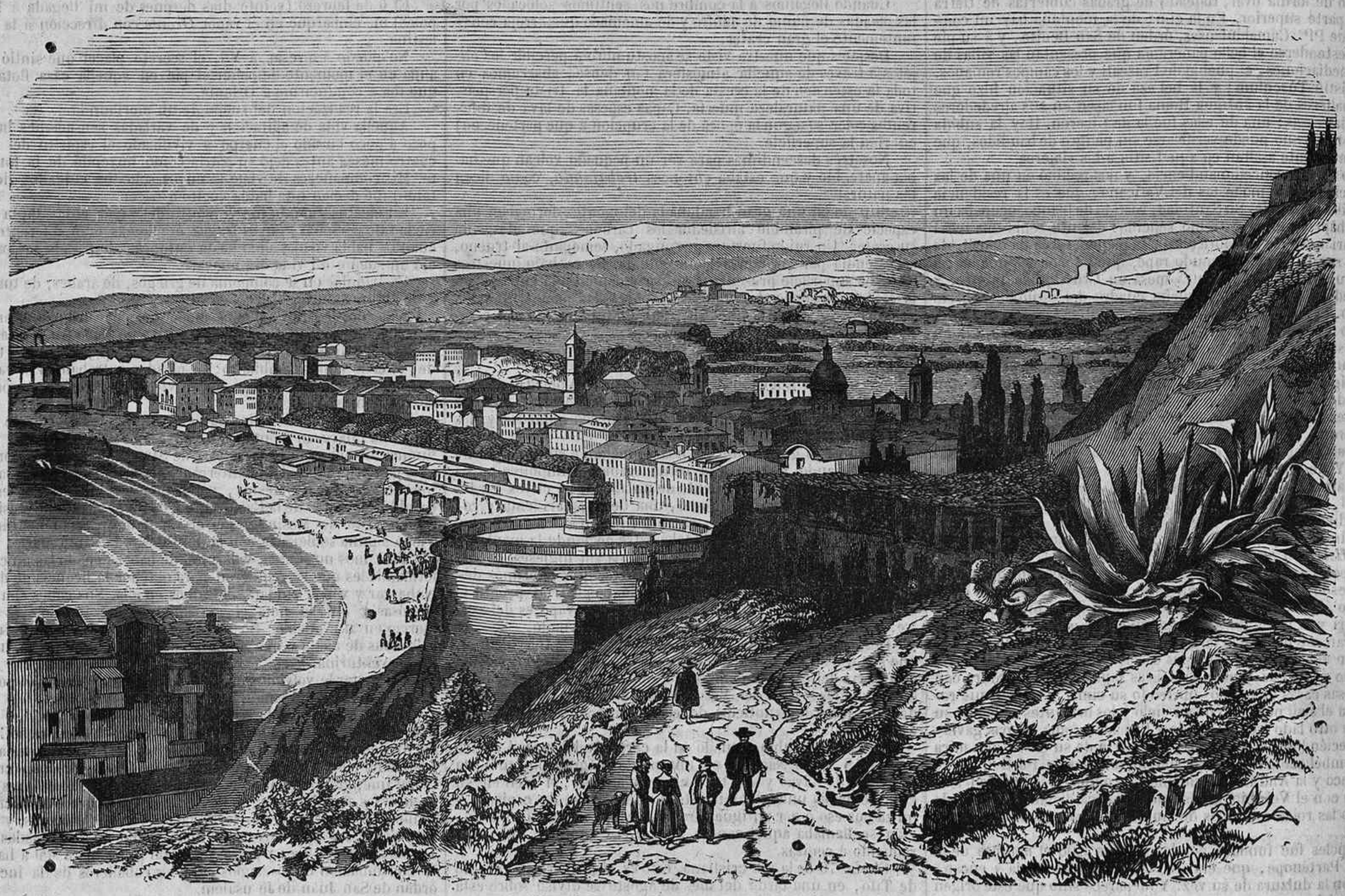
El sencillo escritor que familiarmente admitido en la casa de Bowes ha podido trasmitirnos en todo su horror el cuadro de semejante tiranía doméstica, describe así el estado de la condesa al cabo de seis años de matrimonio:

«Hacia algun tiempo que yo no la habia visto. Me pareció estraordinariamente abatida y desfigurada; sus nervios se hallaban en un estado de escitacion continua; su palidez era estrema, y la oscilacion convulsiva de su barba, hasta entonces accidental, se habia hecho constante. Antes de pronunciar alguna palabra, nunca dejaba de mirar á su marido, y consultaba su vista antes de responder á un brindis que se la dirigiese.

»Por lo demás, la condesa permanecia muy poco tiempo á la mesa, y despues no se la volvia á ver mas. Algunos dias despues, nos dirigíamos una mañana M. Harrisson y yo á visitar con ella el jardin, tan magnífico en otro tiempo, que habia mandado construir en Paul's-Walden: aunque la negligencia de Bowes tuvo casi enteramente descuidado este sitio delicioso, ostentaba aun en algunos puntos las huellas del gusto perfecto que habia presidido á su construccion.

»La condesa nos mostraba con evidente turbacion y profunda melancolía las plantas, los semilleros de flores, los prados, las glorietas y las bellas alamedas que poco antes habia tenido tanto placer en dibujar.

»En un estraño arbusto nos hizo observar las señales del cultivo que le habia dado. Yo la comtemplaba durante esta conversacion. La inquietud de su alma se traslucia en los movimientos de su boca, en la vacilacion de su mirada, y en el aumento de esa crispacion nerviosa de que hice mencion.»



Vista del Puerto de Nizza en el Piamonte.

Previendo que acaso algun dia su desgraciada esposa demandaria á las leyes su proteccion contra el trato cada vez mas insoportable de que era objeto, la habia obligado á escribir como espontáneamente, pero bajo su dictado, una abominable relacion llena de las mas infamantes confesiones. Esta obscena novela llevaba por título: *Confesiones de la condesa de Strathmore;* los incidentes estaban en ella combinados con infernal destreza, de manera que concordasen perfectamente con las diversas fases de la vida que él se habia propuesto mancillar. Un solo absurdo destría la verosimilitud: el hacer creer que una mujer distinguida por su carácter particular y por su rango pudiera deshonrarse á sí misma.

¿Cómo la obligó á ello? Jamás se ha sabido con exactitud; pero se infiere fácilmente recordando los horribles tratamientos con que se desembarazó de miss Newton, su primera esposa. No hallo pormenores acerca de esto en la relacion del cirujano; sin embargo, existen rumores bastante difundidos de que uno de los suplicios con cuyo auxilio consiguió sus fines, fué el de encerrar dentro de un arca el largo y hermoso cabello de la condesa, y haciéndola estar tendida sobre el pavimiento y completamente inmóvil, so pena de los mas atroces sufrimientos. ¿No es esta una de las ideas mas diabólicas que la poesía y la pintura han atribuido al príncipe de los condenados?

Bowes se salió con la suya, y las *Confesiones* vineron á ser tan auténticas como era posible: leíalas y releíalas sin cesar. Segun su biógrafo, las dejaba por la noche bajo su almohada. «Las sabia de memoria, y formaron parte del equipaje cuando su viaje á Paris. Nunca se separaba de este tesoro, cuya posesion tenia para él una especie de aliciente feroz.» Mas adelante le veremos servirse de esta arma emponzoñada.

En la misma época, el miserable autor de tantos sufrimientos se arrojaba en la via ruinosa de la disipacion y del desórden; aumentaba el número de sus servidores, tenia mesa de estado, y procuraba deslumbrar á los habitantes de la comarca con el brillo de las fiestas. Su audacia, acrecentada por la humilde sumision de su víctima, ya no encontraba límites.

No contento con arrebatarle una á una todas las distracciones de la vida social á que estaba acostumbrada, de reducir su tren, de obligarla á vender sus joyas, de privarla, en suma, de cuanto constituye la existencia moral de una mujer cuya educacion y cuyos hábitos han desarrollado en ella el gusto de las artes y de los goces intelectuales, la obligaba á sufrir, con la certeza de sus infidelidades, la presencia de las mujeres á las cuales la sacrificaba. M. Jesse Foot hablaba, entre otras, de una jóven sumamente hermosa, hija de uno de los colonos de Bowes, á quien habia seducido á fuerza de regalos. La recibia con su hermana y su madre despues de la comida, y todos juntos tomaban el té con la condesa.

No habia ya en ella voluntad, todo sentimiento de sus derechos, todo rencor legítimo parecian estinguidos para siempre.

Pero era poco una víctima para un hombre como Bowes. La condesa habia tenido cinco hijos de lord Strathmore. Su nuevo esposo hizo cuanto pudo para sustraer de la proteccion de su tutor á lady María Jane y lady Ana María, que eran las dos hijas mayores. Los niños estaban, por disposicion de ley, fuera de su alcance. Mil hipócritas manejos encubrieron al principio la ejecucion de este plan. Viósele de repente manifestar las mas vivas alarmas, la solicitud mas tierna por la salud de la condesa, minada, decia él, por los sufrimientos morales debidos á la ausencia de sus hijos. Así consiguió que le remitiesen una de las niñas, y la otra se libró, gracias á la prudente firmeza de sus tutores. Permitieron que una fuese á ver á su madre, moribunda segun se la representaban; mas cuando hubo llegado, la separaron de las personas destinadas á su servicio. Esta circunstancia produjo alarma, y los sucesos inmediatos obligaron á Bowes á soltar su presa; pero partió al momento á Paris con la otra niña y la condesa. Un proceso siguió, que fué llevado ante el tribunal de la Cancillería. El raptor escribia carta sobre carta, con el refinamiento de la hipocresía mas consumada para enternecer á sus jueces en favor de la condesa.

Pero tuvo mal éxito, y le obligaron á volver á sus protectores legales la niña robada, á pesar de la habilidad de los abogados que habia escogido entre los de mas nombre en aquella época; tales fueron Erskine, Law y Scott, despues lord Erskine, Eldon y Ellenborough.

Llegamos ya á las peripecias mas terribles de este triste drama. Las crueldades de Bowes, aumentándose mas y mas, hicieron caer á la desventurada condesa en un parasismo de desesperacion. Resolvió escapar de tamaña tiranía y reclamar la proteccion de las leyes; pero la fuga era difícil. Bowes y sus satélites ejercian sobre ella la vigilancia mas activa.

Entre todos los sirvientes de la casa, una sola persona se habia librado de las corrupciones de Bowes, y profesaba á la condesa un cariño y una compasion sinceros. Esta persona era una muchacha de quien nunca se habia desconfiado. Desde mucho antes, sin embargo, su señora y ella habian previsto los resultados, y acordado los medios de una evasion secretamente meditada. Cierto dia pareció ofrecerse una ocasion favorable. Bowes habia ido á comer á casa de uno de sus amigos, llevando consigo gran número de sus criados. Bajo diversos pretestos alejó á los demás, y aun el que estaba mas particularmente encargado de guardar de vista á la condesa no concibió sospecha alguna cuando ella le rogó que fuese á la próxima librería para renovar las suscriciones de obras para su lectura.

Luego que hubo salido, ama y criada, despues de haber cerrado por dentro varias puertas para retardar algun tanto el descubrimiento de su huida, salieron de casa y llegaron sin obstáculos á Oxford's-Street, que era el punto de carruajes mas cercano. Pero ni uno solo pudieron hallar. El riesgo era inminente. Apenas se apercibieron de su desaparicion, cuando rápidos mensajeros noticiaron el caso á Bowes. Acudió este, impulsado por la rábia y el temor; las fugitivas acababan de encontrar un carruaje, cuando le encontraron á un estremo de Berner's-Stret, en un cabriolé de alquiler, cuyo caballo azotaba él con toda su fuerza, asomando con sangrienta curiosidad su cabeza desnuda.

La Providencia ocultó la condesa á sus miradas; como se hallaba tan deteriorada su salud para ver con serenidad tan gran peligro, un violento ataque de nervios la hizo caer en el fondo del vehículo que la conducia á seguro asilo.

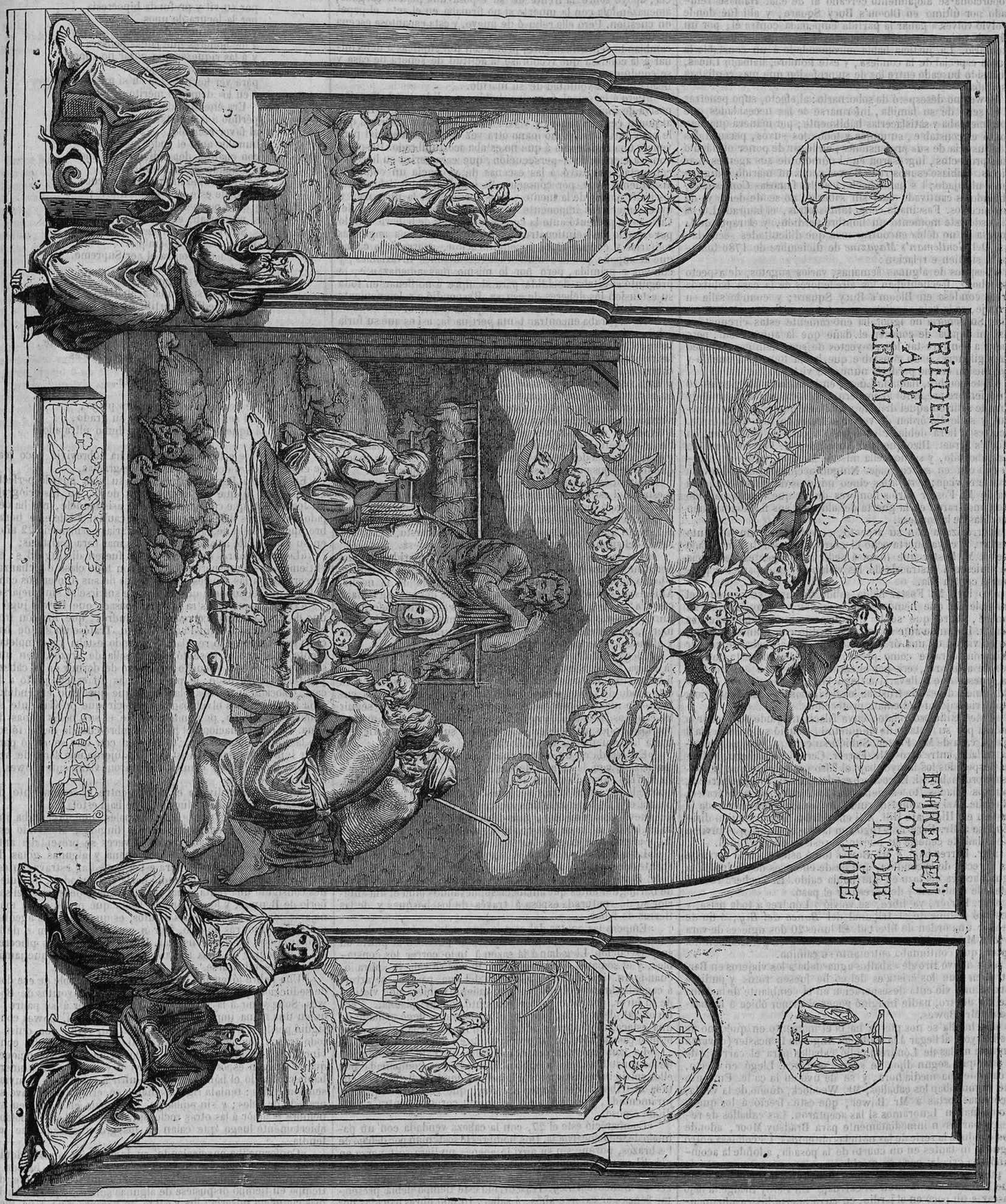
Fué llevada á casa de un abogado, Mr. Shuter, en Cursitor's Street, y se la destinó una modesta habitacion en Byer's-Buildings. Empero Bowes no perdió un minuto, y llegó bien pronto á encontrar su huella. Informóse del lugar donde se hallaba retirada; mas por fortuna habia tenido ya tiempo de presentar al tribunal del *Banco del Rey* una peticion de pro-

2009 Ministerio de Cultura

teccion contra los malos tratamientos de su marido, y de este modo quedó en adelante bajo la especial custodia de aquel tribunal. Acostumbrado Bowes á sojuzgar la fortuna con sus temeridades inauditas, no se dejó intimidar por este accidente; fuese á vivir en la misma calle que su esposa, y acechándola como el gato al raton, pareció dispuesto á nuevas violencias. Su casa nunca se desocupaba de hombres de siniestro aspecto, agentes resueltos de sus criminales decisiones. Cada uno le sugeria un nuevo plan, una intriga nueva. Indeciso acerca de los medios, pero atento siempre á su fin, adoptaba todas estas ideas, pasaba de una á otra, trazaba mil criminales tramas y preparaba á la vez veinte dramas judiciales.

Sus querellas vehementes (presentabase como ofendido) eran llevadas á un mismo tiempo á la Chancillería, al Banco del Rey, y aun á los Doctor's Commons. Se esforzaba tambien para imponer silencio á las declaraciones que previa pudieran emplearse contra él; otros lazos, otras corrupciones iban á buscar á las víctimas de su deplorable desórden, y les compraba la conciencia despues de haber pagado su honor; y contando con abandonarlas de nuevo, acallaba á fuerza de oro sus quejas y los gritos de sus hijos. A pesar de todo, se creyó suficiente todavía para justificarse ante los Doctor's Commons de las alegaciones de la infortunada condesa

Habia dejado esta su casa con tal precipitacion y en circunstancias tan imprevistas, que no habia tenido tiempo de proporcionarse ningun recurso. Sus trages y sus joyas habian quedado en poder de Bowes. De consiguiente, solo con el auxilio de socorros estraños pudo esta mujer, poco antes una de las mas ricas herederas del reino, llegar por la costosa via de los procedimientos judiciales á hacer las pruebas que la ley le exigia. Para apreciar el horror de los tratamientos que habia sufrido, es menester recordar lo que hemos dicho antes acerca de este punto, de su rango, de la delicadeza de su carácter y de lo que le debia el hombre que por espacio de tantos años se habia convertido en su despiadado verdugo.



El nacimiento de Cristo, carton de Hovemeher, pintor aleman.

La informacion judicial en favor de la condesa decia en términos enérgicos que Bowes estaba convicto de haber «pegado, araña o, mordido, pellizcado, azotado, pisoteado, encerrado, insultado, provocado, atormentado, mortificado, degradado, tiranizado, engañado, hecho sufrir hambre, apremiado y violentado á la condesa, y de haberla (suplicio nuevo) torcido el corazon.» A todas estas acusaciones nada tenia

2009 Ministerio de Cultura

Bowes que replicar, y no podia oponer otra cosa que las preciosas *Confesiones* dictadas justamente para el caso de su execrable defensa, y que puso en manos de su procurador para que sacase de ellas todo el partido posible.

En medio de estos lances, Bowes no perdia de vista su víctima: en vano hacia ella para desorientarlo frecuentes cambios de domicilio; su esposo sabia siempre encontrarla y proporcionarse alojamiento cercano al de ella. Habíase refugiado por último en Bloom's Bury Square, y allí fué donde resolvió volver á ganar la partida empeñada contra él, por un golpe de mano que nadie podia prever, tan imposible parecia intentarlo. La justicia habia encomendado á un constable la guarda especial de la condesa, y este hombre, llamado Lúcas, habia sido buscado entre los de su profesion que mas confianza inspiraban.

Bowes no desesperó de sobornarlo: al efecto, supo penetrar en el seno de su familia, informarse de las necesidades que esperimentaba y satisfacerlas hábilmente; por manera que bien pronto el constable, su mujer y todos los suyos, persuadidos de la justicia de sus pretensiones, en lugar de poner obstáculo á sus proyectos, ingresaron en el número de sus agentes mas adictos. Habíaseles mostrado Bowes como un marido indignamente ultrajado; les habia hecho leer las famosas *Confesiones;* habiéndolos cautivado casi sin saberlo, no se desdeñó ya de convencerlos. Fascinado como tantos otros, el honrado Lúcas fué desde este momento un hombre perdido, y el rapto de la condesa ya no debia encontrar mas que dificultades secundarias. Del *Gentleman's Magazine* de diciembre de 1786 tomamos la siguiente relacion:

«Despues de algunas semanas, varios sugetos, de aspecto sospechoso, frecuentaban los alrededores de la casa habitada por la condesa en Bloom's Bury Square; y cuando salia en carruaje, se la veia seguirla, unas veces en fiacre, otras veces á pié. Su señoría no ignoraba enteramente estas circunstancias, ni dejaba de conocer el daño que la anunciaban; pero esperaba contrarestar los proyectos de sus enemigos, merced á la vigilancia de un constable que habia tomado á sueldo y cuya mision era no perderla nunca de vista.

»Este hombre, llamado Lúcas, en la mañana del viernes 10 de noviembre preguntó al cochero, segun costumbre, si milady habia de salir en aquel dia. Respondióele que tal era su intencion, y se le dió órden de volver entre una y dos de la tarde. Hácia esta hora debia ir su señoría á casa de M. Foster, en Exfood's Street. Hizo que la acompañasen M. Farrer, hermano de su abogado, y su doncella mistres Morgan, quienes entraron con ella en su carruaje. Ningun accidente les sobrevino durante el viaje; pero á los cinco minutos de haber llegado á casa de M. Foster varios hombres de los que hemos hablado antes, mostraron en la puerta del almacen sus fisonomías bien conocidas de la condesa.

Aterrorizada con su aspecto, se refugió en un aposento interior, á cuya puerta echó el cerrojo, no sin haber rogado antes á M. Foster que fuese á pedir á los agentes de policía que viniesen á sustraerla de las violencias que parecian prepararse contra ella.

»No bien M. Foster habia salido de casa, se presentó el constable de que hemos hecho mencion, y manifestando su nombre, logró que se le franqueasen inmediatamente las puertas. Llegando ante su señoría, la dijo con gran sobresalto, que en virtud de una órden de arresto que acababa de recibir debia considerarse como presa, añadiendo que esta noticia, lejos de asustarla, era por el contrario de buen agüero para ella, puesto que la llevaria á Gaeu Wood á casa de lord Mansfield, quien deseando frustrar los designios de sus adversarios, la tomaria bajo su inmediata proteccion.

»Este artificioso relato, cuya falacia no pudo sospechar la condesa por su estado de inquietud, venció su resistencia á dejar la casa de Mr. Foster. Subió á su carroza, tomando asiento á su lado, entre otros, Mr. Farrer. Cerrada la portezuela, fueron despedidos los lacayos bajo el falso pretesto de que la condesa lo ordenaba así. El cochero estaba ganado, á lo que parecia, y nuevos criados, todos bien armados, subieron á la trasera del coche. Así es como sin ruido ni obstáculo fué encerrada la condesa en Highgate Hill. Allí encontró á Bowes, quien dirigiéndose á Mr. Farrer, le rogó con la mayor finura que tuviese la bondad de cederle su puesto: la resistencia era inútil.

»Mr. Farrer bajó, y Mr. Bowes tomó asiento en el carruaje á la derecha de la condesa, que desde entonces no abrigó duda alguna acerca del lazo en que habia caido. El cochero recibió órden de continuar y de apresurar el paso.

»Mr. Farrer, ya libre, se volvió á Lóndres á toda prisa, y presentó pedimento al tribunal del *Banco del Rey*, á fin de obtener una órden de libertad. El lunes 20 dos ugieres de vara de lord Mansfield fueron enviados al Norte en persecucion del raptor, que continuaba entretanto su camino.

»Un nuevo tiro de caballos aguardaba á los viajeros en Barnet. Bien que los cristales del coche fuesen rotos y pudiese notarse una violenta desesperacion en el semblante de la dama que iba dentro, nadie imaginó poner el menor óbice á la marcha de Mr. Bowes.

»Su huella se nos pierde hasta el momento en que uno de sus lacayos, al llegar á la venta del Angel en Doncaster (noventa y nueve millas de Lóndres) pidió caballos para el carruaje de su amo que, segun dijo, le seguia de cerca. Llegó en efecto, al cabo de una media hora, y se detuvo en la calle. En tanto que se mudaban los caballos, Mr. Woodock, dueño de la venta, sacó unas tortas á Mr. Bower, que este ofreció á los que le acompañaban. Ignoramos si las aceptaron. Los caballos de refresco partieron inmediatamente para Bradsby Moor, adonde nos conduce la série de las noticias obtenidas. La condesa entró algunos instantes en un cuarto de la posada, adonde la acompañó una criada; pero su marido no se separó un momento de la puerta, y se mostró agitado de la mas viva impaciencia hasta que la hizo volver á subir al carruaje. En Feroy Bridge la dejó pasearse un poco en el jardin, en cuya puerta hizo asiduamente centinela.

»Desde este momento hasta su llegada á Streatlam Castle, en el condado de Durham, trascurren once dias cuya inversion no sabemos sino por los dichos de la condesa despues de su libertad. La relacion de sus sufrimientos escita la mas honda compasion.

»Parece que en el camino, y hallándose rodeada de los raptores armados, quiso obligarla á firmar una especie de consentimiento que paralizaba los procedimientos de la curia eclesiástica, y por el cual se obligaba á reconocerle para siempre con el nombre y derechos de esposo; pero ella se negó absolutamente. Entonces la arrojó al suelo y le pegó de puñadas, despues de haberle tapado la boca con un pañuelo para evitar los gritos que el dolor le arrancaba. A la mas leve discusion que se movia entre ellos, le azotaba el pecho con la cadena y los sellos de su reló. Provocado, por fin, por su firme resistencia, apoyó sobre la frente de su esposa una pistola cargada, amenazándola con la muerte si no firmaba en el acto el papel en cuestion. Pero ella rehusó de nuevo, y esta espantosa escena no tuvo por entonces otras consecuencias. En Streatlam Castle, cambiando repentinamente, probó con mil súplicas á determinar á la condesa que recobrase la actitud de señora de casa y se condujese esteriormente como una mujer sumisa espontáneamente á la voluntad de su marido.

»Pero á la sujecion pasiva habia sucedido la obstinacion pasiva de una resistencia desesperada. Observándola Bowes, al punto cesó de rogar, y volvió á los arrebatos coléricos que le eran naturales. Echó mano otra vez del dolor material para vencer una resistencia á que no estaba acostumbrado. Despues, con esa ciencia de la persecucion, que caracteriza su horrible conducta, sustituyó á las escenas de violencia un completo aislamiento, que, por consecuencia indispensable, debia dar á las exaltaciones de la mente y á los terrores de la imaginacion un carácter mas imponente y una influencia mas irresistible. Cuando se presentó ante la condesa, despues de haberle tenido por espacio de veinticuatro horas entregada á sus angustias solitarias y con absoluta incomunicacion, aparentó la calma que acompaña por lo comun á las resoluciones invariables, y con voz reprimida, pero por lo mismo mas amenazante, la preguntó si estaba decidida para siempre á no llenar en toda su estension los deberes de esposa. Respondióle solemnemente que nada la reduciria jamás á semejante estremo.

»No esperaba encontrar tanta pertinacia; así es que su furia sobrepujó entonces, segun manifestacion de la condesa, á todas las que habia visto en él otras veces: asióla de las manos, se las retorció y la forzó á caer de rodillas; sacando luego un cachorrillo, le ordenó en un trasporte frenético, que orase por última vez. Obedeció la condesa, y fijando en seguida en él su mirada tranquila, le mandó que hiciese fuego.

»Mientras esto pasaba, sordos rumores habian esparcido la alarma en el país: los terratenientes de la condesa comenzaron á temer por ella, y Bowes á dudar de su propia seguridad. A fin de proporcionarse los medios de fuga, llevando consigo su presa, mandó á dos de sus criados que se disfrazasen de modo que desde lejos pudiesen ser tomados por la condesa y él.

»Por su órden se asomaban muchas veces á las ventanas; y esta hábil estratagema les salió á las mil maravillas, y calmó desde luego á los buenos aldeanos que de vez en cuando venian á visitar el castillo, y aun engañó por este medio á los oficiales del sheriff que despachados con la órden de arresto, se apoderaron del supuesto Bowes y de la supuesta condesa.

»A la sazon esta infeliz, arrastrada por su marido, llegaba por caminos trasversales á una granja aislada de las cercanías, adonde habian marchado á una hora avanzada de la noche. Allí, esta especie de loco furioso, en poder del cual se hallaba cautiva la noble y hermosa condesa, cuyas desdichas referimos, juntó á nuevas amenazas, que fueron inútiles como las primeras, tratamientos perversos y de tal naturaleza á la vez cruel y afrentosa, que no nos es dado esplicar.

»Llegado el dia mandó ensillar un caballo é hizo montar á la grupa á la condesa, sin consideracion á su estado de debilidad y sin tomar ninguna de las precauciones necesarias para este modo de viajar. El frio era intenso y el suelo estaba cubierto de nieve. Bowes no se atrevia por esta causa á seguir los caminos trillados. Dirigióse, pues, á traves de los campos y por los parajes mas desiertos, llevando su espantada víctima hasta la pequeña ciudad de Darlington.

»Encerrada en un oscuro cuarto, y despues de haber sido amenazada con la camisa de fuerza, bien pronto vió entrar á su marido, armado de un instrumento de hierro encendido, que se le aproximó varias veces al desnudo pecho, profiriendo contra ella las amenazas mas atroces. Todo fué inútil: el temor de nuevos instrumentos, mas bien que el de la muerte, no habia hecho mella en esta criatura naturalmente dulce y tímida, y al presente exagerada.

»La hora de la libertad se aproximaba sin embargo. Los agentes de justicia habian hallado por fin la huella antes perdida. Bowes no tenia esperanza de escapar. Salió á toda prisa de Darlington antes que amaneciese, llevando como el dia anterior su desventurada esposa á través de los bosques y de las tierras de labor.

»Empero las gentes del campo que volvian á sus trabajos, admirados de ver tan estraño viajero, se pusieron al punto en su persecucion. Llegaban á la sazon á todo correr los constables, y el somaten se hizo general. Bowes se veia ya apurado, cuando un viejo aldeano, por cerca del cual pasaba, se arrojó á coger las bridas del caballo. Este valiente hubiera sido víctima de su furor, porque el raptor le apuntó con una pistola... Pero un oficial de justicia, que en este momento llegó armado de una estaca, dió á Bowes un golpe tan fuerte en la cabeza, que le hizo caer bañado en su propia sangre.

»La condesa se encontró naturalmente bajo la proteccion de los constables que la habian liberado, y acompañada por ellos volvió inmediatamente á Lóndres, donde el 23 fué presentada al tribunal del *Banco del Rey*, que recibió su querella juramentada, y espidió auto de prision corporal contra su indigno esposo.

»Compareció este el 27, con la cabeza vendada con un pañuelo de seda encarnada. Dos hombres le sostenian por debajo de los brazos, porque sin su auxilio apenas pudiera sostenerse en pié. El resultado final del proceso fué la condenacion de Bowes en 300 libras para el fisco y tres años de prision en la cárcel del *Banco del Rey*. Trascurrido este tiempo debia presentar fianza por catorce años, á saber, 10,000 libras pagadas por él, y otras dos fianzas agenas de 5,000 libras cada una. El constable Lúcas fué penado en 50 libras de multa y tres años de encarcelamiento en Newgate. Otras penas proporcionadas á la gravedad de los delitos fueron impuestas á los demás cómplices de Bowes.»

Por efecto del proceso criminal, cuya fiel relacion acabamos de trascribir, la condesa obtuvo del tribunal de los doctores Commons una sentencia de divorcio. El mismo dia en que se vió libre, un movimiento de triunfo, bien disculpable sin duda, le hizo dirigir á Bowes una especie de invectiva, que por su forma y tenor singulares nos ha parecido digna de ser aquí reproducida. Es un epitafio concebido en los términos siguientes:

«Aquí reposa ahora
un hombre que jamás reposo tuvo.
No buscaba virtud, ingénio ó ciencia;
elevóse no obstante
por su vil y profunda hipocresía,
por la locura de unos
y por el crimen de otros,
á los honores que jamás pensara
y á las riquezas que gozar no supo.
Ciegos tuvo los ojos
para ver los defectos en sí mismo
ó en los demás el mérito.
Era enemigo de la especie humana,
pérfido á la amistad, ingrato siempre
al favor recibido,
humilde ante el poder, pero tirano
con cuantos dependian de su mano.
Cuando algun bien hacia
por su propio interés á los agenos,
pesábale este bien involuntario;
y daba por perdida la jornada
si no causaba en ella mal á nadie.
Su vida fué una série continuada
de injurias á los hombres
y rebeliones contra el Ser Supremo.
Solo le daba pena
pensar que en algun dia
de ofensas su caudal acabaria.
Por medio de artificios
á inmerecidos puestos elevóse;
mas sus honores antes que él murieron.
Tú, quien quiera que seas, caminante,
penetra en tu interior, y si conoces
que en algo te pareces,
tiembla, pues, y corrígete.
Así quien en la vida
fué de sus semejantes dura plaga,
útil será una vez, mal de su grado,
á aquella humanidad que hubo ultrajado.»

La autora de esta inocente revancha sobrevivió poco mas de cuatro años al desenlace de sus desgracias,

En cuanto á Bowes, el resto de su vida guardó perfecta armonía con lo que ya hemos visto de él. Su historiógrafo M. Jesse Foot, que continuó siempre asistiéndole, nos ha dejado abundantes detalles acerca de la cautividad de este hombre, que por falta de garantías pecuniarias permaneció 22 años en su prision. Hé aquí estractadas las mas características;

«Las costumbres de Bowes jamás fueron distinguidas: en el tiempo de su prosperidad gozaba con toda clase de chanzas groseras y burlas crueles para aquellos de sus numerosos convidados que él suponia que habian de sufrírselas sin quejarse.

«Véase, como muestra, la mala pasada que Bowes jugó á uno de sus parásitos, corredor de Lóndres, que iba con frecuencia á comer á Saint-Pauls Walden. Tratóse un dia de hacerle beber mas de lo regular, y cuando estaba ya completamente embriagado, le sentó en una silla de brazos, con una servilleta enrollada al cuello, un gorro de dormir en la cabeza y el rostro enharinado: le puso además un espejo junto á la cara, colocado entre dos blandones que quedaron encendidos toda la noche. No olvidábamos de decir que préviamente se le habia descalzado, poniendo cerca de él sus botas llenas de agua. La consternacion del pobre hombre cuando despertó sobre las cinco de la mañana, y la prisa con que se calzó para dejar inmediatamente el castillo, produjeron una série de accidentes, cuyo sabor cómico celebraron vivamente Bowes y los otros huéspedes.

»En la prision dividia el tiempo entre el seguimiento de algunos procesos y las seducciones de baja estofa.

»Gustaba de jugar ante los tribunales, que procuraba interesar en su favor con enfermedades fingidas, afectando escupir sangre y desmayarse cuantas veces se presentaba ante sus jueces. Una provision de ipecacuana y algunas gotas de sangre de ternera servian para estas comedias estravagantes. Su manía de engañar se estendió hasta sus cuñados, de quienes consiguió una renta anual por la promesa de legarles el señorío de Benwel; y lo que prueba hasta qué punto sabia manejarse con los hombres mas astutos, es que todos sus agentes judiciales, uno trás de otro, fueron por último víctimas de la confianza que les sabia inspirar. Uno de sus mayores placeres era el de lograr de ellos adelantos considerables de que jamás pudiesen reembolsarse.

»Una pobre jóven fué la víctima mas deplorable de ese don de seduccion que era uno de los pasatiempos favoritos de Bowes. Solia venir á la prision con objeto de ver á su padre, á quien una ruina impensada habia conducido allí. Bowes consiguió perderla é inspirarla una pasion tan viva, que quiso á todo trance compartir con él su cautividad. Esta prueba convincente de cariño no la puso al abrigo de las persecuciones que el antiguo esposo de miss Newton y de lady Strathmore habia contraido el hábito de hacer sufrir á cuantos le estuviesen sometidos: teníala rigurosamente encerrada bajo llave so pretesto de celos; y sin embargo, se divertia en hacer en su nombre el amor á las otras reclusas, de las cuales se mofaba abiertamente luego que caian en los groseros lazos que les tendia.

»Conforme iba envejeciendo, su degradacion moral adquiria un carácter todavía mas innoble. Se entregó á la bebida y cayó en un estado de embriaguez casi continua. Aunque de tiempo en tiempo dispusiese de algunas sumas, aparentaba la mas completa miseria; iba vestido de harapos y no daba medias ni zapatos á los cinco hijos que habia tenido de su compañera de prision. De estos infelices séres habia hecho otros tantos esclavos que le servian de rodillas y á los cuales hacia raspar con los dedos el lodo seco de su calzado.

»Próximo ya á la muerte, este hombre singular y, como le llama enérgicamente M. Foot, corrompido hasta la médula de los huesos, hizo no obstante en favor de aquellos algunas disposiciones testamentarias; pero nada quiso dejar á la mujer que habia dado tantas pruebas de un cariño intenso, y que

2009 Ministerio de Cultura

por espacio de tantos años habia servido de blanco á sus caprichos, á su mal humor y á su carácter cruel. Desoyó los ruegos y las lágrimas de sus hijos y el ascendiente que su cirujano habia tomado naturalmente sobre él durante su postrera enfermedad, y nada bastó para obtener que asegurase á esa infortunada una módica pension anual de 100 libras.

»Así murió Andrew Robinson Bowes, uno de los hombres mas famosos de su tiempo por la perversidad de sus inclinaciones, por lo refinado de su hipocresía, por la audacia de sus ambiciosos planes, por haber sabido elevarse, por la duracion de su fortuna, y por el endurecimiento moral que hasta el fin de su vida le hizo inaccesible á todo saludable remordimiento.» *Por la T.* GARCIA.

EL NIDO DE CIGUEÑAS.

POR ELIAS BERTHET.

I.

Entre las pintorescas ruinas de los castillos fuertes que se elevan por ambas riberas del Rhin, de Strasburgo á Colonia, se distinguen aun á alguna distancia de Manheim, en una posicion elevada y feudal, por decirlo así, los restos de un antiguo *lang* que llaman Steinberg, y que corona una enorme roca cenicienta cuya base se baña en el agua: con sus sombrías murallas, su torre desmantelada, sus losas quebradas y sus estátuas caidas en el polvo mereceria aun el nombre de *Nido de águila*, que emplean ordinariamente los novelistas para designar esas antiguas moradas desde donde los rapaces barones de la edad media dominaban la llanura.

Antiguamente la roca en donde se halla edificado el Steinberg se hallaba totalmente desnuda: esa imponente masa que se alzaba de repente del seno del rio con su sombrío torreon, habia debido amedrentar mas de una vez al bateiero que se deslizaba sobre el Rhin en su cargada barca, y al caballero que atravesaba el valle del otro lado de la cadena de las rocas con un fardo precioso en su caballo.

Pero la industria moderna ha cambiado enteramente el aspecto de esos lugares tan temidos antes. La roca era muy vieja y se caia en ruinas lo mismo que el castillo. El industrioso campesino principió por poner tierra vegetal, á fuerza de brazo, en los ángulos y en las grietas de esa piedra desmoronable, sosteniéndola con las pizarras que el mismo suelo suministraba; luego en esa tierra plantó viñas, y poco á poco la roca entera ha desaparecido debajo de los verdes pámpanos.

La yedra y las demás plantas parietarias hicieron en el castillo lo que los campesinos habian hecho en su base.

En el dia, castillo y roca presentan en la buena estacion una masa verde, cuyo aspecto no tiene nada de terrible. La naturaleza y el hombre se han empeñado á porfia en ocultar esos antiguos restos de lo pasado; y la naturaleza y el hombre serán condenados si el que visita el Steinberg es un grave anticuario, y absueltos si es un alegre amigo del vino del Rhin.

Tan poderosa es la vegetacion sobre esas ruinas, que nadie creeria hoy que el Steinberg se hallaba habitado hace apenas 25 años, y lo mas estraño todavía es que lo estaba por los descendientes de esos terribles señores que en otra época habian hecho de él el teatro de sus exacciones y crueldades.

Los barones de Steinberg eran una de esas antiguas familias teutónicas cuyo orígen se pierde en los tiempos fabulosos de la historia. Era un milagro que esa raza, bastante turbulenta y belicosa, hubiese podido atravesar sin aniquilarse aquellas épocas de trastornos y de sangre que, desde Carlomagno hasta Napoleon, consumieron tantas razas y arruinaron tantos castillos, lo mismo en las orillas del Rhin que en otras partes.

Lejos de nosotros la idea de querer presentar aquí la historia de la grandeza y de la decadencia de esa noble casa. Sin embargo, no impunemente sobrevivieron los ilustres barones y su morada á la terrible guerra de treinta años, á las invasiones de 1795 y de los últimos años del imperio. En la época de que hablamos, es decir, hácia 18.. el castillo, todo desmantelado, no tenia mas que el gran torreon y un ala pequeña que fuesen habitables, y la misma familia de Steinberg se reducia á dos personas, el baron Enrique de Steinberg, mayor de un regimiento al servicio de la Prusia, y su hermana Whilelmina, que habitaba las ruinas. El baron tenia veinticinco años, y veinte Whilelmina. Su fortuna consistia principalmente en un árbol genealógico que podia cubrir, en verdad, de arriba abajo la cima mas alta del castillo, y en unos legajos de pergaminos con los cuales la jóven habria podido probar sus diez y seis cuarteles de nobleza en el capítulo de Strasburgo.

El baron Enrique iba con poca frecuencia á la morada de sus padres por causa de sus deberes militares; y además sus hábitos de disipacion y de placeres le habian hecho aquella mansion insoportable. De este modo su hermana Whilelmina vivia encerrada en una profunda soledad en el torreon del Steinberg, sin otra compañía que la de una vieja criada que la servia de madre, y el hijo de esta mujer, muchachon tan torpe como pesado, que se hallaba encargado de administrar los últimos restos de las tierras dependientes del feudo.

A beneficio de su carácter pensativo y melancólico, Whilelmina habia acabado por acostumbrarse á esta pacífica existencia. Aquella sombría habitacion se hallaba poblada con los recuerdos de su raza, y por eso no habia querido nunca salir de ella. En vano su hermano, conociendo el aislamiento en que se hallaba, la habia dicho mil veces que se decidiese á entrar en un convento católico de Manheim, en donde habia sido educada; la jóven contestaba á todas sus instancias que la permitiese conservar su independencia, y el baron habia accedido á sus súplicas hasta entonces.

Sin embargo, esta posicion no podia durar mucho tiempo: Whilelmina se habia vuelto una jóven encantadora, cuya dulce belleza metia mucho ruido hasta en Heidelberg, la ciudad universitaria que se hallaba á muchas millas de distancia. Era imposible que permaneciese así confinada toda su vida en aquel torreon desmantelado, y por eso el mayor, á pesar de sus egoistas cuidados, se propuso colocar á su hermana en una posicion mas digna de ambos.

Entretanto, la hija y heredera de los antiguos señores del Steinberg vivia en un estado muy próximo á la pobreza. Las rentas del feudo eran muy módicas, limitándose únicamente á los productos de una pequeña viña plantada en un hueco de la roca: por fortuna el vino que producian esas miserables cepas era de lo mas esquisito.

El precio de la única pipa de que se componia la cosecha anual, bastaba para las necesidades de los habitantes del palacio: ¡era tan poco lo que gastaban! Un modesto jardin que el hijo de la criada habia formado en el antiguo patio de honor del castillo, producia frutas y algunas legumbres para el consumo de la reducida colonia, y por último el baron, á pesar de su conducta, que suponia ser algo desordenada, solia enviar de cuando en cuando algunas cortas cantidades á su hermana.

¿Cómo podia segregar este dinero de su corto sueldo? Esto es lo que difícilmente se esplicaba, porque el baron no pasaba por económico; pero Whilelmina y la señora Reutner tenian muy pocas ideas prácticas sobre la vida de un oficial para que les sorprendiera esta circunstancia. Enrique era buenamente á sus ojos un hermano generoso que se contentaba con lo estrictamente necesario á trueque de sostener el rango de su casa.

A pesar de este miserable estado á que se hallaban reducidos los descendientes de los barones de Steinberg, los habitantes de las cercanías estaban muy distantes de manifestar en su presencia ni menosprecio ni satisfaccion menguada. En esa antigua y feudal Alemania, el campesino, apenas emancipado de la servidumbre, no ha aprendido aun á tirar piedras á la grandeza en desgracia.

Cuando Whilelmina bajaba los domingos á una aldeita de pescadores situadas al pié de la roca para oir misa; cuando la veian con su sencillo vestido de lana, su sombrero de paja en la cabeza, y su libro de misa en la mano, acompañada únicamente de su vieja Magdalena, era acogida por todas partes con un respeto casi religioso.

Para los pacíficos habitantes de la aldea Wilhelmina personificaba la poesía del pasado, era hija de aquellos feroces guerreros, cuyas hazañas, violencias é historias lúgubres representaban hacia siglos las tradiciones de la comarca.

Por otra parte, Whilelmina era tan graciosa y tan bella! A falta de otra superioridad habria podido disputar la de la hermosura. Por esto aquellos aldeanos, que tan oprimidos habian sido por sus antepasados, consideraban á la señorita de Steinberg como un visible representante de la Divinidad sobre la tierra, y en cuanto á su hermano no se hablaba de él mas que temblando, como si aun conservase el poder de desencadenar sobre el país las plagas que lo desolaran en tiempo de los difuntos barones.

Pero ya hemos dicho lo bastante para hacer comprender al lector los sucesos que vamos á desarrollar ante sus ojos; así, sin añadir aquí detalles que se presentarán naturalmente en el curso de la narracion, vamos á trasportarnos desde luego al castillo de Steinberg, sobre la plataforma del viejo torreon, en medio de una triste tarde del mes de abril.

Este torreon se elevaba, como hemos dicho, sobre el punto mas culminante de la roca y dominaba todo el país. Era de forma cuadrada, sin adornos ni ventanas, porque no pueden considerarse como tales las estrechas aspilleras que entreabrian su negra superficie, ni tampoco pueden llamarse adornos sus chapiteles y almenas quebradas. Adherido al torreon principal habia una torrecilla redonda mas saliente y ligera, que presentaba su cabeza, en forma de salero, un poco mas abajo de la plataforma.

Esto era poco mas ó menos todo lo que quedaba en pié del antiguo castillo: esceptuando una especie de pabellon socavado donde dormia el hijo de Magdalena, las demás partes del palacio habian ido rodando á la falda de la roca y cubrian el suelo en torno del patio de honor, que se habia convertido en huerta. Un sendero se deslizaba á traves de los escombros, que pasando por encima de las ruinas de la poterna bajaba serpenteando hasta la aldea, y por este sendero únicamente se podia subir al castillo; solo él unia á los tiempos presentes aquellas reliquias venerables de los siglos pasados.

Whilelmina y su criada se hallaban en aquel momento en lo alto del torreon, cuya plataforma servia en el verano de paseo y de gabinete de trabajo.

La señora Magdalena Reutner, sentada en un banquillo, se hallaba recostada en una almena que la protegia contra el viento, siempre bastante fuerte á aquella altura: tenia unos sesenta años; su ademan era grave, sereno, y de una inmovilidad algun tanto afectada. Llevaba el trage de las aldeanas ricas; basquiña corta de anchos pliegues, justillo abrochado sobre el pecho, y en la cabeza una ancha papalina de forma estraordinaria; á la sazon estaba haciendo medias para su hijo.

En el modo lento y acompasado con que la buena anciana echaba los puntos de su media, al verla con su ovillo de lana en el bolsillo y una de sus agujas en la cabeza, se concibe al instante uno de esos tipos femeninos pesados de inteligencia y de ademanes que tanto abundan en Alemania. Con el cuerpo derecho, y la cabeza alta, hacia media como hace el ejercicio el soldado, sin perder el equilibrio de sus hombros; fria y taciturna, todo en ella anunciaba la obediencia pasiva, el respeto profundo y maquinal por aquello que habia aprendido á respetar desde su infancia.

Unicamente se animaba un poco cuando se trataba del esplendor de los Steinberg, y de las antiguas tradiciones relativas al castillo. En cuanto á esto Magdalena poseía riquezas inagotables; á la mayor insinuacion adquiria una soltura de lengua prodigiosa, y su voz, su ademan y su mirada tomaban una espresion verdaderamente elocuente. Fuera de estos casos, siempre se hallaba sumerjida en su pensativa y solemne tristeza.

II.

Whilelmina formaba un contraste notable con esa añeja muestra de la antigua raza tautónica, fria, crédula y almidonada. Whilelmina tenia veinte años, era rubia y de una estatura un poco alta. En toda su persona habia una ligera tendencia á la robustez, pero sin embargo, sus manos y piés eran de una finura realmente estravagante. Su fisonomía redonda y fresca, con los lábios rojos y los ojos rasgados, se hallaba adornada de hermosos cabellos castaños que caian en dos trenzas sobre sus hombros, á la moda suiza.

Su trage, sumamente sencillo, consistia en un vestido de lana negra exactamente ajustado sobre el busto, y flotando en largos pliegues hasta el suelo.

Vestida de este modo, la hija de los feroces barones de Steinberg con su fisonomía rosada, rebosando salud, habria hecho la mas preciosa *jungfrau* que pueda darse, pero en ciertas señales se conocia al punto el alto orígen de Whilelmina. Su aire de dignidad, sus ademanes nobles, demostraban la descendiente de aquellos caballeros indomables que habian sabido mantener su feroz independencia contra la Alemania.

Además Whilelmina poseia una alma ardiente bajo aquella apariencia graciosa, y su organizacion podia en un momento dado manifestar toda la energía devorante que la pasion es capaz de inspirar.

Whilelmina, en pié contra el pretil enfrente de su criada, tenia su mirada sobre el inmenso paisaje que tenia á sus piés. Su rostro manifestaba la melancolía; con la mano apoyada sobre una almena, y el cuerpo inclinado hácia adelante permanecia inmóvil como una estátua.

Magdalena esperaba en un respetuoso silencio á que su jóven ama la dirigiese la palabra. Por fin Whilelmina salió de su contemplacion, y se adelantó lentamente hácia la criada.

—¡Qué triste está este tiempo, Magdalena! la dijo con acento melancólico; el cielo está negro, y hace un viento muy frio; nunca me ha parecido tan lúgubre este viejo castillo... Tengo el corazon oprimido como si me fuese á suceder una desgracia. ¿Y tú tambien, por qué no hablas? Estás tan triste como el cielo, como el viento, y como este arruinado torreon!

—Así deben estar los criados fieles del Steinber, respondió la anciana con voz magistral y sin alzar los ojos, sobre todo si comparan el presente con el pasado.

—¿Y por qué hemos de pensar en lo pasado, mi buena Magdalena? Por mi parte te aseguro que todos mis pensamientos siempre están en el porvenir.

—Las dos estamos mirando, vos adelante, porque sois jóven, y yo hácia atrás porque soy vieja... Vuestros ojos no han visto lo que vieron los mios... hace tiempo.

—¿Y qué vieron tus ojos, Magdalena? preguntó distraidamente Whilelmina.

La vieja Reutner se levantó haciendo un esfuerzo, puso su labor sobre el pretil, y estendiendo su brazo sobre las ruinas, respondió con un dolor solemne.

—He visto esos muros en pié; he visto esas tierras y esas viñas cultivadas por los vasallos de vuestros antepasados; he visto este castillo lleno de movimiento y de ruido; he visto á vuestro abuelo rodeado de sus cinco hijos y de cuarenta criados bien armados, preparándose á defender su morada contra los enemigos de la Alemania... He oido los ladridos de las jaurías, el sonido de los cuernos y el relincho de los caballos; en donde ahora todo es silencio... He visto hermosos jóvenes y alegres señoritas, donde ahora todo es soledad... ¿Y qué queda de tanto poderío? Unas piedras ennegrecidas y cubiertas de yedra, y sobre las ruinas una jóven para preguntar y una anciana para responderla.

Al decir esto lanzó un profundo suspiro. La blanca y hermosa frente de Whilelmina se cubrió como de una nube.

—Mi buena Magdalena, la dijo con forzada sonrisa, padecia dolores imaginarios, y tú los has cambiado en verdaderos.

—La golondrina no tiene la culpa si anuncia la borrasca cuando vuela rozando la superficie del Rhin.

—Vamos, vamos, ya caes otra vez en tus negras ideas. Siempre te estás lamentando de que no somos tan ricos como antes... ¿Por qué te desesperas? Un dia has de ver nuestra casa mas floreciente que nunca.

Magdalena se sonrió á su vez con amargura, y empujando con su arrugado dedo un pedazo de piedra desprendido de una almena, le precipitó en el abismo.

—Mirad, dijo á Whilelmina con voz sorda, seguid con los ojos esa piedra que va por el espacio... Un débil esfuerzo ha bastado para ponerla en movimiento; ¿creeis que haya un poder en el mundo que impida ahora el que se pierda en el rio?

—Un ángulo de la roca, un poco de tierra, ó una planta cualquiera bastarán para detenerla en el camino.

Sin responder, la vieja alemana indicó con el dedo la marcha de la piedra, que al caer al pié de la torre rechazó contra el suelo, luego pegó sobre el flanco de la roca, titubeó dos ó tres veces, y partiendo, acabó por sumergirse en el agua.

—Lo mismo le sucede á la casa que cae, dijo la anciana sin añadir nada mas á su demostracion; nada puede detenerla cuando el impulso está dado.

Dicho esto, suspiró otra vez y cogió de nuevo su labor.

III.

Whilelmina se quedó un instante pensativa.

—Estaba esperando que me consolaran, y soy yo la que tengo que consolar á otros, dijo en fin con acento de niña mimada. En verdad, mi pobre Magdalena, la soledad te trastorna enteramente la cabeza... ¿Por qué te asustas tanto de nuestro porvenir? ¿Te parece que la conducta de mi hermano?...

—No me toca á mí juzgar la conducta del señor baron, replicó en tono lacónico Magdalena.

—Lo se, mi buena Reutner; sé que los tormentos mas horribles no te arrancarian una palabra de ultraje contra mi hermano; pero he adivinado que en el fondo de tu corazon le haces un cargo del abandono en que me tiene; le reconvienes porque pasa en Berlin una vida de placeres, guardando un silencio absoluto conmigo hace ya tiempo... ¡Pobre hermano mio! No le debemos culpar, Magdalena; demasiadas privaciones se ha impuesto á fin de que yo aquí no carezca de nada. ¿Qué estraño es que en su edad se entregue un poco á las distracciones?... Además, ¿quieres que te diga mi pensamiento? Ese largo silencio me hace creer que no se pasará mucho tiempo sin que nos haga una visita. ¡Ay! añadió con voz baja, ¡tanto la deseo como la temo!...

Por la T. CUENDE.

LA DANZA DE LAS WILLIS.

I.

Desde la elevada plataforma de su castillo dirigió sombría mirada al estrecho sendero que empezando en la cumbre de la montaña, termina en el fondo del valle, el soberbio baron de Lœwenstein. Montado salió entonces por la puerta del alcázar un apuesto doncel, cuya presencia hizo entreabrir con una sonrisa de alegría frescos lábios del baron, que dió órden á la par á un pajecillo para que llamara á su hija Emelka.

2009 Ministerio de Cultura

Cual luciente estrella que brilla entre sombrías nubes llegó la jóven al aposento de su padre, que tomándola por la mano la condujo á la plataforma.

—¿Ves y conoces, la dijo, al caballero que galopando se aleja de aquí?

—Sí, padre mio, contestó la jóven con mal disimulada ansiedad; es tu noble escudero Gyula.

—Pues bien, repuso friamente, nunca mas le volverás á ver.

Vaciló la jóven cual si la hubieran herido con golpe mortal, y sus ojos se cerraron, de modo que su padre se vió obligado á sostenerla y á hacer que sus doncellas la condujeran á su apartamiento.

II.

Entretanto continuaba Gyula su camino hácia la casa de los templarios de Posteny, ageno de las maquinaciones del baron: al contrario, regocijábase con la idea de que este le habia querido dar una prueba de confianza, eligiéndole para poner una carta suya en manos del prior. Amaba á Emelka, era amado por ella y esto basta para que podamos comprender los encantadores sueños que formaba su imaginacion.

A la hora del crepúsculo llegó á un bosque limítrofe del convento al cual se dirigia, y se detuvo para esperar la noche. Era uno de los mas hermosos dias del mes de mayo: los purpúreos rayos del crepúsculo, el límpido azul de un cielo sin nubes, el susurro de las brisas, el canto de los ruiseñores y el fragante aroma de las flores absorbian las miradas, los sentidos y el pensamiento del jóven doncel. En el colmo de su entusiasmo hubiera querido poseer el mundo entero, y á ser posible encerrarle en su corazon.

No tardó mucho á ponerse de nuevo en marcha, y despues de haber cabalgado algunos instantes, apercibió de repente el antiguo cláustro, frio y sombrío cual la realidad que se eleva en presencia de una ilusion. Hizo la señal que el baron le indicara y rechinando ásperamente abrióse una pesada puerta.

—¿De parte de quién? preguntó un hermano lego presentándose en el umbral.

—Del baron de Lœwenstein, para el padre prior.

—Está bien, seguidme.

Ambos atravesaron un sombrío y estrecho corredor, y despues de haber ascendido por una pequeña escalera, el lego dió tres ligeros golpecillos á una puerta que al fin de aquella habia; oyóse una voz que murmuró algunas palabras; el fraile hizo á Gyula señal de que podia entrar y desapareció pausadamente, resonando sus pasos bajo los negros arcos del largo corredor.

Pálido é inmóvil permaneció el prior sentado en un antiguo sillon primorosamente tallado. Viéndole al débil resplandor que arrojaba la lámpara, mas bien hubiera podido tomársele por una estátua antigua que por un sér viviente. Al ver al jóven escudero hizo un movimiento rápido y pasó su mano por su frente cual si quisiera recordar una fisonomía medio olvidada; tomó la carta que le presentaba Gyula, y tomaron sus facciones tan sombrío aspecto á medida que adelantaba en la lectura, que el jóven se estremeció involuntariamente.

—¿Cuyo es tu nombre? preguntóle al cabo de algunos instantes de silencio.

—Gyula Terheggi.

—Y tus padres son...

—Geisa Terheggi y Susa Lorandi, pero no existen ya.

—¿Y esta sortija que brilla en tu dedo?

—Es la última memoria de mi madre.

Ligero carmin coloreó las pálidas mejillas del religioso, que haciendo una señal al jóven para que tomara asiento, le dijo:

—Esta carta va dirigida á mi predecesor, cuya muerte ignora el baron por haber sido repentina; escuchad ahora su contenido:

«Dad la muerte al portador de la presente, que á pesar de su humilde cuna ha osado poner los ojos en mi hija. ¡Sea secreta su muerte y nunca mas le vuelva á ver.»

—¿Se ocupa el amor de genealogías?

—¡Silencio! repuso el anciano; segun las instrucciones de mis superiores debo obedecer las órdenes del baron; no obstante, no se cumplirá esta; pero debes jurarme no revelar á nadie este suceso de tu vida.

—Lo juro, dijo Gyula estrechando ardientemente entre las suyas las manos del prior.

—Es necesario que partas esta misma noche. Esta carta que debia llevar un hermano á nuestro maestre en Croacia la llevarás tú; léela á fin de que sepas el nombre que debes tomar. El maestre te señalará una plaza en el cuerpo de sus tropas, pórtate como debes y confia lo demás á la Providencia. Si el mundo te abandonare, cuenta conmigo.

—Pero... ¿puedo saber á qué debo el interés que os tomais por mí?

—Has despertado en mí un mundo de recuerdos dormidos mucho tiempo há, mi corazon se ha enternecido, y te diré lo que nadie en el mundo ha podido saber. Debes dos veces la vida á tu madre: la he amado con toda la pasion de la juventud, y la amo aun cual al astro luciente que brilla en noche sombría. ¡Jóvenes aun veíala con frecuencia en su casa; mas veíala tambien tu padre y la amó! ¿Cómo pintarte los sufrimientos de mi corazon? No pudiendo por mas tiempo resistir á tan cruel incertidumbre, quise terminarla de un modo decisivo. Monté á caballo y me dirigí al castillo do ella moraba resuelto á declararle mi amor... «¡Ah! me dijo un pajecillo al verme, llegais en buena ocasion; todo en el castillo es fiesta, pues Susa acaba de casarse.» Di una sortija al solícito pajecillo, la misma que brilla en tu dedo, y rogándole la entregara á la jóven desposada, me alegé precipitadamente de aquellos lugares. Me hice templario. Estaba ella ligada por sus desposorios y yo por mis votos, cuando llegó un dia á nuestro hospicio un nuevo caballero. Despues de haber hablado de cosas indiferentes para mí, recayó la conversacion sobre tu madre: contóme el brillo con que se celebrara la ceremonia nupcial, dijo que la jóven desposada estuvo triste, que el vulgo creyó que en su alma conservaba un secreto amor y que solo obedecia á su padre entregando su mano al hombre que la conducia al templo. Estas palabras fueron para mí otros tantos dardos que me atravesaron el corazon. Desde entonces acá ni habia salido, ni habia preguntado por ella. En Oriente donde fuí enviado busqué en vano la muerte; hace pocos dias volví de aquellos lejanos países y no siento ya haber escapado á las armas de los sarracenos, toda vez que he podido salvarte la vida. Pero la hora llega; las estrellas palidecen; el tiempo es precioso. Si algun dia te sientes abatido por el dolor, acuérdate de mí y piensa que tambien he padecido mucho.

Arrojóse el jóven entre los brazos del religioso sin poder proferir una sola palabra y salió del cláustro. Pasó cabe el castillo de Lœwenstein, apartando con dolor sus miradas de la mansion que en su interior guardaba sus mas tiernas afecciones.

III.

En el mismo instante en que Emelka volvia en sí de su desmayo llegaba al castillo un mensajero del convento anunciando que el jóven escudero habia perecido arrastrado por la impetuosa corriente de un rio que quiso vadear.

Emelka enfermó. El baron al considerar el lastimoso estado de su única hija, se vió acosado por cruel angustia, y se apresuró á llamar á un monge que gozaba fama de médico hábil y esperimentado; mas los esfuerzos de la ciencia fueron inútiles y la tierna doncella languidecia visiblemente.

IV.

Entretanto volvió el invierno con todos sus rigores: el baron dejaba con frecuencia su castillo para perseguir al jabalí en las montañas ó verse con el señor de Temetreny, con el cual tenia largas conferencias. Durante los monótonos dias de tan sombría estacion, en los cuales se oye solamente el sordo bramido de la tempestad, el graznido de las aves agoreras, y de tarde en tarde el grito de los centinelas, Emelka llamó á su nodriza y la hizo sentarse junto á su lecho. Esta le refirió las antiguas tradiciones, la historia maravillosa del caballero Argyl y las victorias de los antiguos húngaros. Díjole que el perjuro tarde ó temprano recibia su merecido castigo, que á veces salian de las entrañas de la tierra séres sobrenaturales para vengar un amor olvidado ó reunir dos corazones fieles á la fuerza separados. Pero entre todos estos cuentos populares, el que mas gustaba á Emelka era el de las willis, cuento que constantemente principiaba del siguiente modo la anciana nodriza: «La willis, mi querida niña, es una jóven que muere con la corona de desposada. Las willis van errantes sin cesar de uno á otro lado y danzan por la noche en las encrucijadas de los caminos. Si casualmente se encuentra un hombre en aquellos sitios, la mas jóven de todas las willis se desposa con él y le obliga á danzar hasta tanto que deja de existir. ¡Ay! mil veces á la pálida luz de la luna he visto á una hermana mia que es willis.» Entonces contaba la nodriza todos los padecimientos de su hermana, y Emelka olvidaba sus propios dolores escuchando tan fantásticas narraciones.

V.

Llegada la siguiente primavera, entró un dia el baron acompañado de su vecino al aposento de su hija, anunciándole que iba á desposarla con el señor de Temetreny. Emelka, siempre sumisa á los mandatos de su padre, sometióse sin hacer la mas ligera observacion. Mas dirigió sus súplicas al cielo y el cielo la socorrió. Su semblante empalidecia de cada vez mas, sus ojos perdieron su hermoso brillo, y al ver sus negros y sedosos cabellos caer abandonados en torno su flexible y delicado talle, se hubiera creido que eran el negro sudario que envolvia á un esqueleto. Al morir le dijo á su padre: «Te perdono el haberme robado el amor de Gyula.» El orgulloso baron palideció y temió, hizo sepultar el cadáver de su hija en una solitaria gruta, y se retiró tambien en ella para vivir cual piadoso anacoreta.

No tardaron en llegar á Croacia las noticias de los tristes acontecimientos de Lœwenstein, y Gyula se puso inmediatamente en camino para ver de nuevo los queridos lugares que nunca pudo olvidar. «Si mi vida, decia, no es mas que una flor que agostó el sol, quiero á lo menos que sus marchitas hojas caigan en el suelo do brotó mi sueño encantador, é iré á guardar el cuerpo de mi amada aun cuando el baron deba matarme.»

Al caer la tarde, llegó trás penosa marcha á los límites de Lœwenstein. Sones misteriosos y desusados se escuchaban en el bosque. Sombras blanquecinas se deslizaban ligeras entre el ramaje. Pausado dejó oir entonces el reló doce campanadas: la media noche. Gyula se encuentra en la encrucijada de los caminos frecuentados por las willis. Oyó un canto melancólico y el murmullo de una danza veloz. Flotaban sueltas al aire largas y negras cabelleras; coronas de desposadas y sortijas preciosas que brillaban en las tinieblas, sin que cesaran los cantos que revelaban una dulce y melodiosa tristeza. Salió entonces del círculo una jóven mas bella y lánguida que todas y tomó al viajero de la mano. Emelka, dijo él y se arrojó en sus brazos. Estrechóle contra su pecho y al imprimir aquella débil beso sobre sus ardientes labios, sintió helársele la sangre y dejar de latir su corazon. Habia muerto.

EPILOGO.

El dia siguiente al bajar al valle, se encontró el baron con el cadáver de su escudero. Dios me perdone, dijo levantando al cielos sus ojos, y tomando aquel inanimado cuerpo sobre sus hombros enterróle en la gruta cabe el de su hija, derramando abundantes lágrimas sobre los dos.

Desde aquel dia vió con frecuencia aparecérsele en sueños la sombra de su hija y la de Gyula que con piadoso semblante le miran como queriéndolo consolar.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

LOS TRES MOSQUETEROS, POR ALEJANDRO DUMAS.—Un magnífico tomo de 314 páginas, con la materia de 3 y 181 preciosísimos grabados y láminas 3-parte, 30 reales.

20 AÑOS DESPUES, POR ALEJANDRO DUMAS.—Un magnífico tomo de 400 páginas, con la materia de 3; 224 preciosísimos grabados y láminas aparte, 30 rs.

50 reales. EL CONDE DE MONTECRISTO, por ALEJANDRO DUMAS, con la continuacion FRANCISCO PICAUD. Un magnífico tomo de 426 páginas, con la materia de cinco, y un grandísimo número de escelentes grabados y láminas aparte.

LOS MOHICANOS DE PARIS, ULTIMA PRODUCCION DE ALEJANDRO DUMAS. Va publicado un tomo, con la materia de 10: cuesta 20 reales: hay además 19 entregas del 2.°, á real en Madrid y real y medio en provincia. La obra está á punto de terminar.

LUIS XIV Y SU SIGLO, POR ALEJANDRO DUMAS.—Es una magnífica edicion, ilustrada con mas de 100 grabados esmeradísimos, 14 reales.

EL VIZCONDE DE BRAGELONE, POR ALEJANDRO DUMAS.—Un magnífico tomo de 600 páginas, con la materia de 4 y 113 preciosísimos grabados, 40 rs.

ALFONSO KARR. LAS MUJERES. El autor consigna la modestia de sus intenciones.—De la belleza.—De la nobleza.—Del amor y del matrimonio.-La mujer y el amor.-Otras frioleras. La moral escrita.—¡Pobres mujeres! Los hombres.—Las presentaciones.-A las madres.—Sobre la educacion. Postdata.—Sobre modas. Un jóven.-Comida de fonda entre jóvenes.—Las actrices. Dos ramilletes de violetas.—Atenciones sociales.—A propósito del peinado.-Sobre la moda.—Las mujeres y los monos.—La decencia siempre debe estar de moda. Cuentos de hadas.—Flores.—Y otras muchas cosas que hallará el lector en esta espiritual obrita del mas espiritual de los autores contemporáneos franceses. Para los suscritores á LAS NOVEDADES CUATRO REALES. En el teatro.—La avaricia.—Falta de sentido.—La felicidad.—La pintura.—Dolores.—Al fin tenemos que ceder los hombres. La guerra. Para los de provincias en libranzas ó sellos 6 rs., y va por correos certificado.

UN TOMO EN 8.°, BUEN PAPEL É IMPRESION. SE VENDE Á 6 RS. EN MADRID Y 8 EN PROVINCIAS.

DIRECTOR Y EDITOR, A. F. DE LOS RIOS.

Imprenta de LAS NOVEDADES y LA ILUSTRACION, á cargo de J. Heredia, Barco, 2.

2009 Ministerio de Cultura